

1921

Jan GORDON y Cora GORDON



Procedentes de Murcia, una vez en Puerto Lumbreras, ante la disyuntiva de llegar a Granada por Guadix (ruta norte) o Almería (sur), reflexionan los Gordon de la siguiente manera: “En la ruta del sur había un pueblo llamado Vera, en la cual hace ochenta años un tal don Gómez Fuentes había hecho una extraña guitarra que había ido a parar a mis manos. Me apetecía ir a Vera para ver dónde había sido hecha mi guitarra, y descubrir quizás a algún descendiente de don Gómez. En la ruta del sur también se hallaba Almería, la cual, a causa de las innumerables libras de uvas bien envueltas en corcho que había devorado durante la infancia, había adquirido un especial tono romántico en mi memoria. El mar, también, nos daría en la ruta del sur un toque de frescura nuevo después de las sierras; y desde la costa en dirección norte hacia Granada había caminos tan tortuosos como el revoloteo de la fusta del Cabo Trim, lo cual nos prometía un exceso de paisaje de montaña en los puertos de Sierra Nevada, pues el camino pasaba a veinte kilómetros del veleta y el Mulhacén, los picos de la cordillera más grandiosa del sur de España, en cuyas altitudes algo tan frágil como la nieve podía enfrentarse al poder del sol africano. Por el contrario, el camino del norte era más corto, y no nos prometía tanta variedad salvo de dificultades...”

Gofrey Jervis (Jan) Gordon (11-III-1882- 2-II-1944) fue un artista, conferenciante, viajero incansable y músico aficionado. Su compañera, Cora Josephine Gordon (+ 1-VII-1950) era también escritora, conferenciante e intérprete aficionada; trabajó como enfermera en Serbia en la Iª Guerra Mundial (1925). Ambos visitaron Murcia en la primavera de 1921, donde tenían amigos artistas como ellos, y decidieron realizar un viaje por el Sureste hasta Málaga en unas condiciones inusuales y extravagantes.

Según el traductor y estudioso de la obra Óscar de Jódar Bonilla, los motivos de su atracción por España serían su nefasta experiencia en Serbia, las ganas de dibujar los paisajes españoles, la tradición inglesa del Grand Tour (costumbre de la aristocracia inglesa desde el s. XVIII de enviar a sus hijos de viaje por Europa, especialmente por Italia y España) y lo que ellos mismo llaman “el impulso de la guitarra”: “*Y aquí es donde se produce lo que yo creo el flechazo de los Gordon con España. No deja de ser sorprendente un conocimiento tan pleno del arte flamenco por parte de dos ingleses más o menos snobs... No sólo conoce con precisión los estilos y su origen, sino que además ofrece una visión muy incisiva de la adulectación de la música popular que sorprende hoy día por lo acertado*”.

El viaje transcurrió por tierras de Murcia (El Palmar, Librilla, Alhama, Totana, Lorca, P. Lumbreras), la provincia de Almería (Vera, Sorbas, Tabernas), la propia ciudad, salida por Poniente, visita a Adra y continuación hacia La Rábida, internándose en la Sierra por Albuñol hacia Órgiva, Lanjarón, Dúrcal y Granada. De aquí, hacia Alhama (Gabias, la Malá, Venta Huelma), Zafarraya, Vélez Málaga y Málaga. El medio de transporte: un carruaje y un burro “*extenuado y mísero*” adquirido en Murcia, vestidos de snobs, alojándose en posadas y lanzándose en busca de las castizas emociones españolas. Además, para colmo de “desventuras”, gran parte de su recorrido coincidió con fuertes lluvias torrenciales de primavera. En estas condiciones la opinión que ofrecen de nuestro país es muy peculiar y, desde luego, fue criticada en su momento: “*Ya se comprenderá que por su aspecto derrotado y bohemio, completado por tan ruín medio de turismo, los sucesos en que habían de verse mezclados tenían que se pobres y desatinados, y la visión de España que de ellos tratan de deducir Jan y Cora, por fuerza ha de ser injusta, vulgar y desacertada*” (*La Verdad*, Murcia, 1924). Los propios autores reconocen ciertamente el condicionante de su indumentaria y medio de locomoción: “*Se puede viajar por España como si se fuera un vagabundo, o se puede viajar en coche a motor. Pero lo que no se puede hacer es convertirse voluntariamente en bohemios. Esto es algo propio de los romances del s. XIX, en trance de extinción, y la mayoría de los contratiempos por los que pasamos se deben a esta incongruencia*”.

No obstante lo anterior, O. de Jódar defiende que los extraños viajeros demostraron admiración por España, a pesar de encontrar personas con cortedad de miras y prejuicios con los que se toparon; y, además, que ofrecen muchos datos curiosos de una región en la transición de la España agraria y tradicional a la España moderna.

La obra se publicó originalmente en Edimburgo en 1924. Nosotros hemos manejado una traducción española realizada por Óscar de Jódar Bonilla y publicada por Real Academia Alfonso X El Sabio, de Murcia, en 1996, con el título: *Desventuras en burro por España*, p. 113-179.

VIII

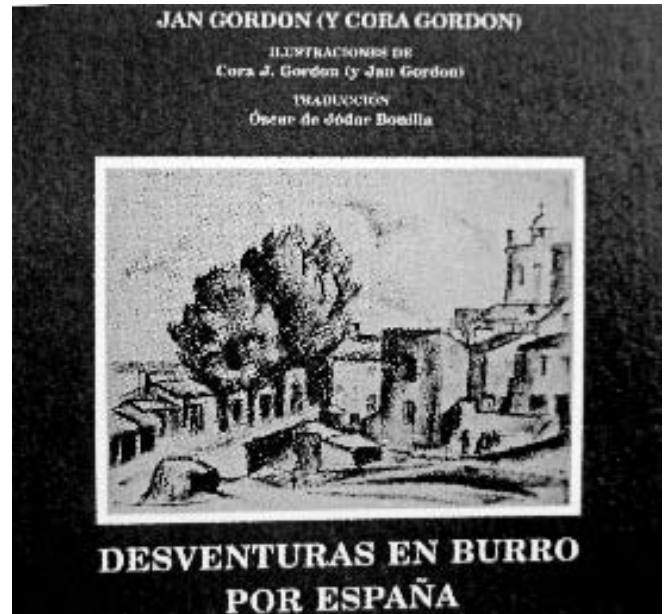
LLEGADA A VERA

De Puerto Lumbreras a Huércal Overa, veinticinco kilómetros; de Huércal Overa a Vera, veinticuatro: el primero un fresco día nublado que transcurrió fácilmente, el segundo era abrasador como de costumbre, el sol salió con toda su gloria e hicimos un montón de subidas y bajadas por el camino. En este segundo día una herradura del burro se soltó repicando y cencerreando, así que desesperados se la arrancamos del todo y le hicimos caminar penosamente, con un calcetín puesto y el otro quitado, bastante ignorantes de cuáles serían las consecuencias, de si íbamos a llegar a Vera con un burro cojo o no. El día anterior nos habíamos aburrido tanto con nuestro primer día por la ruta del sur, y con nuestro primer pueblo en ella, Huércal Overa, que cuando, seis o siete kilómetros más adelante en este segundo día de vagabundeo, alcanzamos el comienzo del único camino transversal que conduce a la ruta del norte, casi echamos por él. Pero decidimos no cambiar más de planes, y continuar por nuestro camino original, y resultó que la constancia recompensa a sus discípulos de una manera sorprendente.

La sombra escaseaba en la primera parte de nuestro camino, serpenteando meseta arriba y meseta abajo en una muy tediosa sucesión de paisajes poco pintorescos. Por este ancho paisaje que parecía una placa, nuestro pequeño cortejo se movía con la persistencia necesaria para avanzar a tres kilómetros a la hora.

Al fin llegamos a una casucha desierta, la cual nos daba un poco de sombra, donde nos pudimos sentar para comemos nuestro frugal almuerzo, que aún consistía en un menú convenientemente portátil, pan y huevos duros, chocolate y naranjas, trasegados con agua del “estómago”, el cual, mientras nosotros sudábamos por causa del gran calor, había seguido transpirando hasta alcanzar una frescura mayor, y estaba, a pesar de las muchas horas expuesto al aire caliente y al resol de los caminos, extraordinariamente frío.

Apenas habíamos terminado de almorzar cuando un ruido que venía del camino me hizo ponerme en pie de un salto, temiendo que el Coronel Geraldine fuera vagando en busca de la escasa hierba que solía ramonear. Vi por el camino que iba a Vera una extraña procesión acercándose a nosotros. Era una procesión de tres hom-



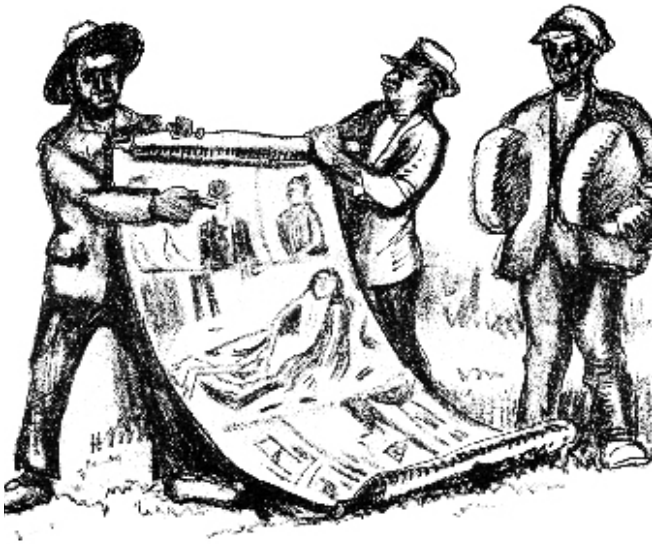
bres polvorientos y andrajosos, que llevaban entre ellos un largo poste. El que los dirigía era de tez oscura y con ojeras; su enorme nariz descollaba por debajo de una gorra torcida. Sostenía el palo con la cabeza, y parecía que tiraba de algún modo de sus dos seguidores; llevaba a la espalda un saco convertido en una tosca mochila por medio de unas cuerdas, mientras que sus dos compañeros portaban bultos de formas más excéntricas. Estos últimos llevaban la cabeza echada para atrás de una manera peculiar, y de repente comprendí que ambos eran ciegos. Se agarraban al palo no para ayudar a llevarlo, pues no era pesado, sino para ser guiados.

El guía me dio los buenos días, repetido a coro por los dos ciegos. Le devolví el saludo.

-*Vamos andando a Murcia*, dijo el guía. *Nosotros vamos a Vera*, contesté.

“*Hay sombra junto al muro*”, dijo el guía educadamente. “¿*Nos permite descansar?*”

Les ofrecimos agua, que aceptaron con muestras de agradecimiento. Los ciegos bebían con una sorprendente habilidad del chorro que hacía brotar del pitorro su compañero. Después se echaron a nuestro lado, mientras el guía, rebuscando en su saco, sacó media barra de pan y unos eslabones de una cadena de salchichas de color amarillo casi nauseabundas, que parecían una receta para coger la ictericia. Nos ofrecieron primero a cada uno de nosotros con la fórmula española: “¿*Le gusta a usted?*” que quiere decir “¿*Quiere usted?*” a la cual dimos la



“Los mendigos ciegos”. (Dibujo del autor del texto).

réplica usual, “*Gracias, buen provecho*” (“Gracias, que le aproveche bien”), un deseo en este caso casi tan sincero como mi elogio del bacalao.

Los tres hombres estuvieron masticando durante un rato guardando el austero silencio del apetito antes del apaciguamiento. Entonces, con un suspiro de satisfacción, el guía empezó a interrogarnos.

-“¿Qué venden?”

Empezamos la serie acostumbrada de intentos de explicar nuestros asuntos, normalmente sin convicción, pues la mentalidad del español sin educación parece batirse en retirada de cualquier intento de entender cualquier cosa más allá de su experiencia personal. Pero nos podíamos refugiar en nuestro turno de preguntas, pues con ello no demostrábamos ninguna falta de educación.

-“¿Y ustedes?” inquirimos.

-“*Vamos a Almería a pasar el verano,*” dijo el guía, “¿Pero a qué se dedican?”

-“¿Qué?” exclamó el guía, sorprendido ante la ignorancia que implicaba nuestra pregunta. “*Somos cantantes callejeros, por supuesto. Y también tenemos un bonito conjunto de pinturas.*”

Empezó a desenrollar el lienzo que envolvía el palo de guiar. Mientras se hallaba ocupado en ello comprendimos que los extraños bultos de sus dos compañeros ciegos cubrían una guitarra y un ins-

trumento más pequeño, probablemente un laúd o mandolina española, como la que mi esposa llevaba en el carro.

El guía había desplegado ya su bandera. Era un cuadrado de tela de unos seis pies por cuatro, sujetado por unas cañas delgadas, en el cual estaba pintada de una forma verdaderamente primitiva una serie de imágenes grotescas y horripilantes. En la parte superior se hallaban los retratos de tres personas de aspecto respetable; la parte del centro estaba ocupada por la representación más importante, la de una joven recostada, medio cubierta por una camisa andrajosa. Su cuerpo estaba tan demacrado que el artista se había esforzado hasta donde daba de sí por reproducirlo de una manera tan patética que causaba espanto: las ratas se arrastraban sobre la infortunada joven, cuyos ojos brillaban como si fueran verdaderas dianas de agonía en un rostro que parecía una calavera. El pelo de la famélica muchacha y los rabos de las ratas estaban pintados según la misma convención pictórica. Al fondo la figura muy diminuta de una mujer parecía cerrar la puerta de la mazmorra como demostrando decisión. Tres paneles menores junto a este mayor mostraban una escena de prisión, un juicio y una ejecución, cada una elaborada con el instinto para la presentación descriptiva que inspiraba a nuestros primeros grabadores e ilustradores de libros de cuentos. Al dibujo de la guillotina con la cabeza recién cortada no le faltaba ningún detalle efectista.

-“*Aquí está*”, exclamó el guía con satisfacción; entonces como si estuviera leyendo la leyenda escrita a lo largo de la parte superior del lienzo: “*La terrible historia de Blanca Monnier, o el injusto secuestro y martirio de una hija durante veinticuatro años.*”

-“*Ellos lo cantan todo, y yo señalo el cuadro pertinente cuando llegan a cada incidente,*” dijo el hombre narigudo. “*Ese es el padre y esa la madrastra que encierra a la joven. y está todo en verso, y mis compañeros lo cantan mientras yo vendo la historia, que hemos impreso.*”

Revolvió otra vez en su saco y sacó un amasijo de papeles. “*Aquí hay uno*”, dijo. “*Tómelo.*”

A cambio le dimos una peseta con la que beber a nuestra salud. Durante un rato la rehusó, de acuerdo con la cortesía española, pero ante nuestra insistencia la aceptó con unas palabras amables de agradecimiento.

-“¿*Tocan sus compañeros flamenco?*” preguntamos.

Pero los ciegos evidentemente no sabían más que los dos o tres acordes necesarios para acompañar su canto.

Así que al final, después de haber pasado más tiempo a la sombra del que nos habíamos propuesto, nos pusimos *en route* una vez más, y con muchos *Adiós* y un *Vaya con Dios* de parte de los mendigos ciegos y de su guía, marchamos en dirección a Vera.

Como el camino seguía siendo poco interesante a tres kilómetros a la hora, y como Jo se ocupaba por el momento del Coronel, abrí el papel que el mendigo me había dado, para echarle un vistazo a la versificación de la historia de Blanca Monnier. Para mi sorpresa descubrí que el papel no tenía ninguna relación posible con las imágenes. Lo encabezaba un grabado primitivo de la “Mater Dolorosa,” y la rúbrica introductoria discurría así:

“El horrible crimen cometido por una joven de dieciocho años, llamada Feliciano Gómez González, quien asesinó a su madre, de cincuenta y dos años, viuda de Francisco Gómez, a causa de su prometido: después de robarle a su madre tres mil cuatrocientos reales²¹⁵, llevó la citada suma a su prometido para que la gastara en la casa de juegos.”

El poema continuaba entonces con la siguiente estrofa que parecía estar en una extraña armonía con lo anterior:

*“A la Reina del Cielo,
Madre del Dios Supremo
Pido gracia
Para contar esta historia.
Preste atención, noble público,
Mientras mi lengua declama,
Por el rosario de Jesucristo,
Una extraña maravilla.
No hay villa ni aldea
En el reino entero de España
Donde no vaya yo a vender
Esta historia verdadera,
Que servirá de precepto
Para las hijas depravadas.
Cuantos hijos viven
Que no guardan a sus padres
El debido respeto,
y que vuelven la espalda...”*

¿Me había dado el narigudo un papel equivocado? Apenas pensé que esto fuera probable, pues por qué iba a llevar rimas sin ninguna conexión con las ilustraciones? Otra sospecha bullía en mi mente. Indudablemente el hombre no sabía leer, pues más del 80 por ciento de los españoles pobres son totalmente analfabetos. Quizás el impresor le había engañado con un amasijo de panfletos viejos preparados para algún otro trovador. ¿O también no podría ser un caso al revés de estos en los que las reimpressiones baratas solían ser ilustradas con grabados tomados de otros cuentos y de cualquier otra época y con vestimentas irrelevantes para el texto? Hablar de estas reimpressiones me recuerda un incidente que nos sucedió en Palma de Mallorca antes de la guerra. Nos alojábamos en un excelente hotelito que nos cobraba la no exorbitante suma de dieciséis chelines a la semana en pensión completa. Llevábamos allí un día más o menos cuando la dueña del hotel, una católica devota, se nos acercó sonriendo. Nos dijo que esperaba que no nos estuviéramos aburriendo en Palma, pero que, en caso de que necesitáramos distracción, el hotel poseía un libro inglés.

“Nosotros no leemos en inglés”, dijo la pía dama, “pero a juzgar por las ilustraciones se trata de un libro de excelentes intenciones, pues está lleno de representaciones de frailes y de personas religiosas en general”, y nos entregó una reimpression de “Los horribles descubrimientos de María Monk”²¹⁶.

Volviendo a nuestros mendigos. Había llamado al hombre trovador, y aunque en ese momento no había escrito esa palabra con ningún significado ulterior, estos mendigos son desde luego los herederos de los antiguos trovadores del pasado. Estas canciones, a menudo de tres o cuatro páginas impresas de largo, recitadas con un monótono lamento, son los restos de los antiguos romances españoles que durante tanto tiempo fueron considerados lo más importante de la lírica española. Cientos de libros se han publicado sobre los romances, comparados con los uno o dos imperfectos panfletos sobre los mucho más interesantes cantos jondo y flamenco y sus coplas apropiadas (poemas de tres o cuatro versos sólo, a menudo tan condensados de expresión como los poemas japoneses) a los que nos hemos referido antes²¹⁷. Las *romanzas* se

²¹⁵ N.A. Un real equivale a dos peniques y medio.

²¹⁶ N.T. Debe tratarse de un panfleto anticlerical cuya existencia no hemos podido comprobar pero que se hallaban bastante extendidos en la época.

²¹⁷ N.T. Para ser fieles a la verdad señalaremos que ya en 1881 se había publicado en Sevilla una de las obras pioneras de la bibliografía flamenca,



Calle de Vera con la torre de la iglesia al fondo.

dividen en tres tipos principales: históricas, religiosas o sensacionalistas. La excusa de las canciones religiosas o históricas es obvia; pero a juzgar por el comienzo que hemos traducido literalmente, parece claro que la cruda afición al sensacionalismo ha de ser cubierta con una capa dorada de moralina, para que después el público, al igual que los puritanos victorianos que solían devorar los escándalos del tribunal de divorcios, pueda murmurar, “Qué vergonzoso; qué lección para los pecadores.”

Pero el incidente que ahora le ocurría a la herradura del burro nos quitó a Blanca Monnier y a Feliciano Gómez González de la cabeza. En momentos como éste uno se siente consciente de lo imprudente que es aventurarse por los caminos con un animal cuando se es bastante inexperto en el cuidado de animales en general. Uno no se lanza a conducir un coche de motor por primera vez, estampa su pie en los pedales, y se lanza adelante por un país semidesierto; sin embargo, aunque nuestro burro era en cierto modo un mecanismo autónomo que funcionaba por sí mismo, en realidad no teníamos más derecho a lanzarnos por las estepas de la *Iberia deserta* ignorando todo acerca de los burros, que a partir con un coche bajo condiciones similares. Habríamos sido apro-

piadamente penalizados si Paco nos hubiera vendido un burro que se nos hubiera plantado todo el rato por la Península. Reconocemos nuestra deuda con el espíritu amable, la humildad y la voluntad del Coronel Geraldine, una deuda que no podíamos sino reparar mezquinamente con las mondas de naranja por las cuales mostraba una pasión que le consumía.

Observando con una mirada ansiosa cada paso de Geraldine, descendimos hacia una comarca cada vez más verde merced a los viñedos, y hasta un camino bordeado por árboles que al final se convirtió en una verdadera avenida que nos llevaba a Vera.

A la entrada del pueblo abordamos a un golfillo andrajoso, quien nos guió por varias calles de casas españolas típicas, es decir, muros de piedra y ventanas guardadas por barrotes de hierro, hasta que llegamos a la posada, que era el enorme establo vacío de una casa sin habitar salvo por una niña pequeña bizca y una vieja senil, ninguna de las cuales contestaba nuestras preguntas. Sin embargo, el zagal andrajoso procedió a quitarle el arnés al burro, después de lo cual, dejando el carro y sus contenidos al cuidado de la Providencia, los tres llevamos corriendo a Geraldine al herrero, pues ya se estaba haciendo tarde y el día siguiente prometía ser nuestra jornada más larga. Si al burro no le ponían la herradura otra vez esta misma noche sufriríamos un enorme retraso al día siguiente. El herrero era un hombre servicial, y se puso a trabajar con Geraldine enseguida, descuidando uno o dos caballos y burros atados a la salida de su forja. La ceremonia fue atendida por un grupo de campesinos y un cura. Los primeros hicieron un montón de preguntas al golfillo acerca de nosotros, y a juzgar por lo muy largo de las respuestas del jovenzuelo, debía de dejarse llevar bastante por su imaginación. Al final terminó el herrero y llevamos a Geraldine otra vez a la posada.

La hostería se hallaba en un lugar abierto de trazado irregular, rodeada de casas blanqueadas con cal y siguiendo un modelo tan africano que sólo haciendo un esfuerzo se podía uno imaginar que estaba en Europa. La posada en sí era un bloque cuadrado de mampostería, horadado por un portal abierto que consumía un cuarto del total de la pared frontal. Dentro, la disposición era igual de simple que la arquitectura exterior. El portal abierto llevaba a una habitación cuadrilateral enorme, en uno de cuyos lados había un hogar ennegrecido profundo, y al otro una tosca escalera de piedra sin balaustrada; el suelo era de adoquines, y una o dos mesas, unas pocas sillas destartadas de madera

la «Colección de Cantes Flamencos» de Antonio Machado y Álvarez, «Demófilo», padre de los hermanos Machado, e iniciador de los estudios sobre el flamenco en España. (cfr. Ángel Álvarez Caballero «Historia del Cante Flamenco» Madrid, 1981.

y enea, y dos o tres banquetas completaban el mobiliario. El habitación era el doble de larga que de ancha. La parte de atrás, que se levantaba un peldaño y estaba separada de la entrada por un parapeto bajo, era el establo, de modo que hombres y animales se albergaban aquí en la misma habitación. La única abertura y ventilación de este enorme interior era la puerta, y como no había habido viento los últimos dos días, el olor dentro de la entrada era casi primitivo. El posadero pareció cerciorarse con un simple examen de nuestro equipaje de que éramos lo bastante respetables, y el burro fue conducido por el zagal en andrajos a la parte del establo de la entrada sin hacer preguntas. Compramos cebada, mezclada con un cubo de paja cortada, de modo que al cazar la cebada el Coronel Geraldine tenía que consumir la paja igual que un niño pequeño tentado a comer pan por la mermelada untada sobre él. Antes de mezclar la cebada con paja el posadero efectuó una tosca operación de aventar esta última, moviéndola de un lado para otro en una canasta llena para librarla del polvo que la contaminaba.

Aunque compramos con facilidad comida para el burro, no había nada para que comiéramos nosotros. Es la costumbre en general de las posadas dar comidas ligeras a sus clientes o, según prefieran, permitir que cocinen ellos mismos; pero la posadera de Vera parecía estar tan lejos de la ruta de todos los viajeros, salvo los más pobres, que, aunque se hubiera de dar cama, no parecía entrar en la cabeza de la posadera que pudiéramos requerir algo de comer. Ante nuestras preguntas agitó la mano vagamente en dirección al pueblo.

-“Pueden comprar cosas para comer en las tiendas”, dijo, “y pueden cocinarlas aquí, por supuesto”.

Así que tuvimos que ir forrajeando, y encontramos unos huevos, queso de bola, chocolate español —dos tercios de chocolate—, y un tercio de harina de arroz con un fuerte sabor a canela. Cuando volvimos, habían llegado dos carreteros, con sus recuas y carros, y dando los gritos usuales de arre a las caballerías, estaban arrastrando en peso los enormes carros hasta la entrada, donde entraron holgadamente. Ya habíamos experimentado las estufas de carbón españolas; no han sido alteradas desde la colonización romana. En unos pocos minutos sacamos nuestra cocinilla de viaje, ante la cual se congregaron llenos de asombro todos los carreteros, el posadero y la posadera, y la chica bizca para ver cómo hervía el agua en un par de minutos. Mien-



“El tratante de caballos de Vera”. (Dibujo del autor del texto).

tras Jo atendía al hervir de los, huevos, un hombre alto con un sombrero de ala ancha me tocó en el hombro.

-“Señor”, dijo, *“he estado examinando su burro. Me gusta, da la casualidad de que necesito un burro como ese para mis negocios. Le voy a hacer una oferta muy ventajosa. Me quedo con su burro y le doy a cambio una mula. Usted me paga la diferencia de precio, una nadería; pero le aseguro que una mula es más adecuada para sus propósitos que ese burro pequeño. Van ustedes a Málaga, según he oído. Le aseguro, señor, que con ese burro, por muy valiente que sea, no pueden albergar ninguna esperanza de llegar allí.”*

Me negué a pensar en ningún cambio de animales. Imaginen el horror de Jo ante la idea de cambiar su amado Coronel por una mula: pero durante toda la noche este hombre no paró de molestarnos. Incluso llamó al posadero para que nos persuadiera de la locura de nuestra creencia de que Sierra Nevada se podía cruzar con un burro tan pequeño. Al fin, después de acabar la cena, trasegada con un vino espeso, dulce, de color marrón, nos aventuramos por las calles de Vera, en parte para evitar a este hombre, en parte para ver si podíamos tener noticias de don Gómez Fuentes, quien había fabricado mi vieja guitarra. Pero ninguna de las personas que encontramos y a quienes preguntamos había oído nada de Fuentes; la palabra guitarra no les interesaba. Es una moda en declive, y estamos seguros de que bajo las ventanas con barrotes de Vera hoy en día ningún amante ofrece una serenata a su señorita a los melodiosos rasgueos de este instrumento de lo más rompecorazones.

IX

CAMINO DE SORBAS

Nos levantamos cumpliendo nuestro programa aquella mañana en Vera. Desde luego que había razones para ello. En primer lugar, la cama no hubiera podido contener a un sureño de edad media *embonpoint*, y sin embargo se esperaba que durmiéramos los dos en ella cómodamente. Esto nos estimuló a levantarnos temprano, pero el incentivo más práctico era que nuestra etapa de aquel día consistía en unos treinta y seis kilómetros hasta Sorbas, una etapa que debía ser completada, pues entre pueblo y pueblo no había ningún lugar donde alojarse de noche, ni, lo que era más importante, agua ninguna. Treinta y seis kilómetros a una media de tres kilómetros a la hora representaba doce horas de marcha; una hora de descanso para almorzar lo convertía en trece horas. Así que partiendo a las cinco de la madrugada, esperábamos llegar a Sorbas a las seis de la tarde, cálculo que resultó ser casi exacto en la práctica.

Salimos de Vera al amanecer, experimentando la santurronería que hincha el pecho de los que madrugan por gusto. El sol de levante al alba nos golpeaba bajo el ala de nuestros sombreros directamente en la nuca; y si hay algo de verdad en el hecho de que nuestros sentimientos de incomodidad bajo el sol se deban a los rayos ultravioleta, entonces nunca he sentido un sol tan sobrecargado de púrpura como esa mañana. Antes de las 6:30 ya nos estábamos arrastrando bajo nuestras sombrillas, y el sudor ya empezaba a gotearnos por los ojos. Así que nos untamos las cejas de vaselina y seguimos adelante.

El verano español había caído sobre nosotros de una manera repentina y abrumadora. Habíamos pasado frío en Vera la tarde anterior. Ahora, a medida que pasaban las horas el termómetro subía; y en respuesta a los ataques del sol, el camino pronto se calentó tanto que empezó a quemarnos la suela de los zapatos. Empezamos a maldecir enardecidamente los consejos de nuestros amigos españoles. No aceptamos que nos tomen por caminantes poco experimentados, ya que habíamos aprendido algunos años antes de la guerra, en el Tirol, todo lo que había que saber sobre los zapatos de suela gruesa, las calcetas de lana dobles, los forros intercambiables, etc.; pero aquí en España nos habíamos visto tentados a aprovechamos otra vez de la experiencia ajena, como habíamos hecho anteriormente en el Tirol. Los españoles de Murcia nos habían dicho:

“No se puede caminar con botas gruesas con el calor que hace en España. Debéis llevar alpargatas (zapatos de suela de bramante). Con ellos los pies están fríos. Con las botas los pies se os van a asar y se os hincharán y os quedaréis cojos.”

Así que nos habíamos echado al camino confiados en nuestras *alpargatas*. Es innecesario que siga extendiéndome acerca de lo incómodo que es caminar cuando hace mal tiempo calzando unos zapatos que no tienen ninguna pretensión de resguardarnos de la lluvia. La incomodidad de los primeros días de lluvia puede ser pasada por alto; pero el dolor que causa andar veinte millas más o menos por caminos sobrecalentados y polvorientos apenas puede ser descrito. El mero calor que transmiten los caminos produce un efecto peculiar, no sólo como si los pies se hubieran hinchado y estuvieran llenos de callos, sino como si los bordes mismos de los tobillos rozaran la arena ardiente a cada paso. Sin embargo era muy curioso que no le salieran ampollas a los pies como lo hubieran hecho con unas botas pesadas. Kinglake, en “Eöthen,” ha descrito la dolorosa monotonía del desierto²¹⁸. Hay una sensación parecida en la dolorosa monotonía de los caminos españoles, excepto que el caminante es activo, el jinete pasivo, y el dolor es siempre más soportable en una fase de actividad; pues, ¿acaso no saltamos de la cama y pisoteamos el suelo durante las agonías de un dolor de muelas?

De Vera a Sorbas no recordamos ningún árbol. Treinta y seis kilómetros torturados sin ver ni una señal clara de verde. Había seis casas en toda esta distancia, como mucho, y éstas eran casuchas áridas, de color tierra, puertas y ventanas totalmente cerradas con llave, cuyos habitantes estarían en algún lugar de los áridos campos, probablemente llenando de polvo la tierra con arados primitivos, golpeándola con mazos para que pudiera absorber tanto rocío como fuera posible, o recogiendo la cosecha, arrancando el escaso trigo a puñados.

Se podría decir que hay países que se adaptan a modos diferentes de viajar: hay países para andar, países para montar a caballo, países para montar en bicicleta, países para ir en coche, e incluso, las estepas de Rusia, por ejemplo, países para volar en aeroplano. Es una cuestión de variedad y velocidad. Por ejemplo en

²¹⁸ N.T. Alexander William Kinglake (1809-1891), autor inglés de varios libros de viajes por Oriente muy populares.

el distrito de los lagos²¹⁹, o en los Alpes tiroleses el paisaje varía a cada paso; éste es el verdadero país de los peatones. La meseta central de Francia es en su mayor parte el país de la bicicleta. Aquella parte de España por la que habíamos pasado era sin duda el país del coche. A pie era grandemente monótono: por supuesto no la abrumadora monotonía de la estepa tal como la describe Chejov, sino una monotonía que siempre está prometiendo cambiar. Una ruta en zigzag a través de barrancos y precipicios nos llevaba hasta una ancha meseta, alrededor de la cual las montañas se alineaban a la altura de la uña del dedo pulgar vista a la distancia de un brazo. Nos arrastramos persistentemente hacia estas colinas lejanas, siempre esperando encontrar alguna garganta grandiosa o algún extraño espectáculo de perfecta desolación. Pero nos dejaban pasar gradualmente, escondiendo su belleza real, si es que la tenían, a nuestra mirada, y nos dejaban caer o nos levantaban hasta otras cuantas millas de meseta desolada que habríamos de cruzar para encontramos con más promesas sin cumplir. En teoría podría ser el país del coche de motor; no lo era en la práctica. Aunque el camino estaba tan desierto como el paisaje, un coche lleno de turistas españoles con capa y bonete nos pasó, y los turistas echaron más de una curiosa mirada en nuestra dirección antes de desaparecer entre nubes de polvo. Seguimos marchando con constancia y dolor; después almorzamos, echándonos bajo la pequeña sombra del carro inclinado reforzada con dos parasoles, a través de los cuales el sol nos atravesaba con todo su poder. Habíamos calculado una hora para almorzar, pero la mitad de ese tiempo seguimos arrastrándonos una vez más, pues era casi tan incómodo sentarse al calor que hacía en la sombra como seguir adelante nuestro camino. Dos horas más tarde alcanzamos al coche. Se hallaba detenido en medio del camino, y las damas del grupo estaban sentadas desconsoladas en el estribo, resguardándose del sol. El propietario andaba impaciente de un lado para otro mirando su coche con una exasperación que casi llegaba a odio. Cuando llegamos junto a ellos nos gritó:

-"Sí, sí, ustedes van más lentos, pero van seguros."

La temperatura y el sobrecalentamiento del motor en varias cuestas habían consumido todo el agua del radiador. Se hallaban atrapados por la impotencia de su motor. El chófer había oído que a dos o tres kiló-



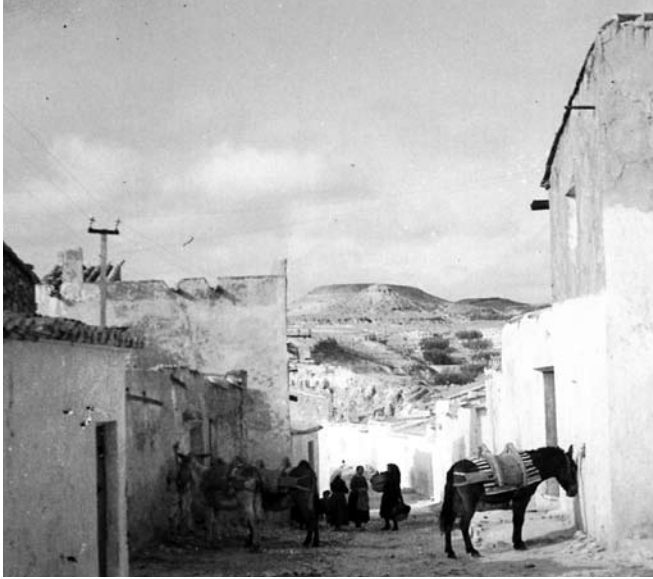
Paisaje rural en la zona de Sorbas-Tabernas. (Foto reproducida del libro *Spain*, de Yves Bottineau, editado en Londres).

metros había una casa donde se podía procurar agua, y había ido en su búsqueda. Les dijimos adiós, y lo que les sucedió no lo sabemos. Tanto ellos como nosotros íbamos de camino a Sorbas; no había otro camino, pero no volvieron a pasarnos, y tampoco oímos que llegaran a Sorbas por la tarde.

Seguro que nosotros éramos más lentos que el coche; tres kilómetros a la hora no se puede considerar exceso de velocidad. Sin embargo tuvimos momentos de rápido viajar, muy rápido desde luego para un burro y un carro. Cuando el Coronel nos tomó las medidas, ninguna cosa que hiciéramos después le inducía a esfuerzos mayores. Habíamos llegado a un compromiso de tres kilómetros a la hora, lo que -como algunas fronteras modernas- no dejaba satisfecho a nadie. Nosotros nos inclinábamos claramente por los cuatro, o incluso cinco, por hora; el Coronel estaba en favor de los dos y medio o quizás dos. Pero había algo que le hacía olvidarse de sí mismo, ilustrando admirablemente las reglas del gremio de los artesanos e iluminando el fracaso de la moderna civilización mecánica. Para Geraldine éramos capitalistas de una fábrica de kilómetros; él era un sindicalista. Pero en ciertos momentos se podía olvidar uno de la política. Se apretaba el paso, se hacía kilómetro tras kilómetro, hasta que, al desaparecer el estímulo, se acordaba de su credo, y, metafóricamente, se colocaba su lazo rojo²²⁰.

²¹⁹ N.T. El *lake district* de Cumberland es una región del norte de Inglaterra, eminentemente turística, donde abundan los lagos y las montañas.

²²⁰ N.T. Los miembros de los sindicatos de clase solían colocarse lazos rojos durante las huelgas y manifestaciones.



Una calle de Sorbas en 1935, fotografiada por Pierre Verger.

Ya antes nos habíamos lamentado de la compra de este carro trotón de dos ruedas; con unas alforjas habríamos ido más rápidos y libres. Había deliciosos atajos, senderos de montaña, y toda una serie de oportunidades para perderse, todas denegadas por el repiqueteo y el estruendo a sus espaldas que tanto odiaba el Coronel. Habíamos aprendido por experiencia que los burros de alforjas podían viajar mucho más rápido que él, pues los burros de alforjas y los de montar superaban nuestro lento caminar. Ya habíamos apuntado antes que el Coronel tenía un temperamento amoroso; desde luego la fuerza de su rebuzno así lo indicaba. Cuandoquiera que pasaba una burra junto a nosotros el Coronel soltaba un rebuzno del demonio. Su galantería no le permitía que una dama cruzara el camino sin ser atendida. Arqueaba el lomo, tirando del carro tras de sí monte arriba o abajo con menos esfuerzo del que hacen muchos viejos *roué*²²¹ callejeros al arrastrar los años que les sobran. Era una conmovedora estampa del conflicto entre el amor y el deber. Sin embargo, aunque se podrían deducir ciertas analogías a partir de la gandulería del Coronel, no se puede alcanzar a ver cómo los propietarios de fábricas podrían beneficiarse de esta energía; la producción no puede acelerarse por medio del mero amor corporal. Tampoco estoy convencido de que la adoración del ideal que defiende el gremio de los artesanos sea un sustituto efectivo.

Gracias a tales medios ilícitos habíamos sacado provecho una o dos veces por el camino, pero especialmente en un lugar donde el Coronel arrastró nuestro carro a toda velocidad hasta lo alto de una colina, lo que hubiera requerido dos descansos en circunstancias ordinarias. Ahora estamos convencidos de que a veces el Coronel aparentaba estar fatigado.

Al fin llegamos a una comarca menos árida, y al doblar la esquina, entramos en un verde valle de altos árboles, sobre el cual Sorbas, un extraño pueblecito, nos contemplaba desde el mismo borde de un barranco perpendicular. Los muros de las casas se proyectaban por encima del precipicio. Alrededor de la base de estos barrancos el camino serpenteaba, hasta que completamos medio círculo alrededor de Sorbas, que, aún inalcanzable, se levantaba por encima de nuestras cabezas. Pero de un tirón llegamos enseguida a una posada al borde del camino justo dentro de las trece horas que habíamos calculado.

A la entrada de la posada había un coche modelo Ford rodeado por un montón de gente. Nuestras primeras palabras atrajeron a un hombre vestido con unas ropas de un corte inconfundiblemente americano, quien nos habló en un inglés ininteligible. El coche era suyo. Acababa de volver de América con una pequeña fortuna en pesetas, y se divertía alardeando ante las antiguas amistades de su pueblo. En el futuro iba a invertir en una agencia de coches en Almería.

Tuvimos que agradecer a este indiano repatriado nuestra cordial recepción en Sorbas. Si no hubiéramos sido reconocidos dudo mucho que nos hubiera ido bien. El posadero parecía tener mal temperamento y ser poco acogedor, mientras que la población tenía ese deje gitano que a menudo lleva la curiosidad y la impertinencia hasta límites muy incómodos. Sin embargo, dejamos el carro junto al coche, y llevamos al agotado Geraldine al establo, donde enseguida dio su opinión del viaje tumbándose con el arnés puesto y todo. Abandonándolo por un momento, volvimos a la entrada para probar una paloma de limón, una refrescante bebida hecha de jarabe de limón, anís y agua, que el americano nos estaba preparando.

Había entre la entrada y las cocinas de esta posada una separación por donde se abría una pequeña apertura, y subí por ésta para preguntarle a la hija de la casa acerca de la habitación. Parecía una muchacha sencilla de aspecto agradable, más acogedora que su

²²¹ N.T. En francés en el original. Libertino del tiempo de la Regencia en Francia. También, vicales, persona sin principios. (N. del T.).

padre. Pero de repente mientras le estaba hablando cambió de expresión, su ojos se abrieron de terror, se apartó de mí, entonces soltó una alarido ahogado, y salió corriendo. Daba la casualidad de que en Murcia me habían robado el reloj, y lo había sustituido con un verdadero churro de reloj de segunda mano, que tenía la ventaja, para los madrugones, de tener alarma. Por algún descuido se me había olvidado quitarle el seguro a la alarma, pues en aquel momento un molesto pitido metálico había salido resonando desde las profundidades de mi pecho, asustando tanto a la muchacha que con gran dificultad pude convencerla de las muy naturales causas del terrorífico incidente.

Pero empezaron a amontonársenos los problemas en Sorbas. Apenas habíamos calmado a la doncella cuando un niño gritó:

-“¡Oh, oh! Mirad al burro. Se está muriendo.”

Corrimos al establo, que estaba separado por una pared de la entrada. En la oscuridad vimos para nuestra congoja a Geraldine sobre su espalda. Daba unas coces espasmódicas y unos estirones con las patas en el aire, igual que los caballos que habíamos visto morir durante la guerra.

-“¡Cielo santo, nuestro pobre burro!” pensamos. “¿No es posible que hayamos puesto a esta desafortunada bestia en tan mala condición! ¿Tendrá insolación?”

Nos inclinamos sobre Geraldine; levantó la cabeza, y nos echó una muda mirada que parecía llena de desesperación y de súplica. Intenté con todas mis fuerzas levantarle, sin saber qué hacer, desesperado. Geraldine se revolcaba, daba coces y volvía a darse la vuelta. Nos quedamos atónitos, sin poder hacer nada. De repente Jo dio un espasmo llena de pánico.

“¡Mira!” exclamó; “¿Pues no lleva las patas liadas en el arnés? Eso es lo que le pasa.”

Liberamos a Geraldine, quien se levantó enseguida. Temblábamos más que él.

Teníamos que recobrar la calma después de este sobresalto emocional tan violento. El ex-americano nos propuso que le acompañáramos al centro de Sorbas y nos tomáramos un café en el casino. Así que después de quitarle el arnés a Geraldine para evitar mayores complicaciones, y de darle cebada con paja, salimos



“Geraldine en problemas”. (Dibujo del autor del texto).

en grupo de la posada. Entrar en Sorbas sobre ruedas es posible sólo desde tiempos bastante recientes. El pueblo entero se levanta sobre un risco de piedra, que se yergue en el centro de un valle, y el enorme paramento, el único camino que lleva a la ciudad, es de construcción bastante reciente. Sin embargo, los carros que van a Sorbas hoy en día tienen que subir por calles lo bastante empinadas como para desalentar a todos los animales de tiro no muy musculosos.

Casi todos los pueblos españoles tienen al menos un edificio moderno, el casino. El piso inferior de éste se usa como club y café -a veces con piano y músico local,- y esta parte está abierta a los visitantes y a las familias de los socios. El primer piso es la casa de juegos, probablemente la responsable del crimen de Feliciano Gómez González, la tentación de la juventud española merced al cebo del dinero fácilmente ganado, y de ese modo soslayar la maldición del antiguo Adán. Nos llevaron al café del casino, y nos sentamos en sillas de mimbre, mientras nos presentaban a uno o dos de los notables del pueblo -el peluquero, el carnicero, el dueño de la tienda de lencería, y otros. Todos acababan de terminar de trabajar, y se habían puesto el traje de noche. El notable de un pueblo, si es joven, es a menudo un poco dandy: pantalones de cuadros, botas de cuero con elaborados diseños y el pelo cuidadosamente peinado casi a la manera de la Inglaterra Victoriana es la última moda. Entre estos hombres muy amables y corteses se encontraba el fotógrafo del pueblo, un joven a lo Byron, quien se permitía cierta condescendencia dentro de su cortesía. Nosotros éramos meros hacedores de imágenes con las manos -él usaba una máquina para el mismo



"Aristócrata de pueblo". (Dibujo del autor del texto).

fin, y estoy seguro de que a pesar de sus buenas maneras sentía hacia nosotros algo así como lo que siente el dueño de un coche de motor ante el que empuja un carro de mano. Nunca comprendimos en qué nivel social nos situaba exactamente el campesino español. Al final estimamos que debíamos ser algo superiores a los gitanos o al jornalero agrícola eventual; probablemente nos consideraban algo inferiores a un arriero que poseyera dos burros flacos, y de más baja condición que el trabajador cualificado peor pagado. Aún así, éramos extranjeros, y por tanto merecedores de cortesía y curiosidad.

Volvimos a la posada a cenar, y Jo se ganó la gratitud de la posadera curando un panadizo que su hijo pequeño tenía en el dedo. La cama era tan pequeña que dormí en el suelo, pero no importa, ya fuera en el suelo o en la cama las pulgas nos comieron vivos.

X

TABERNAS

A menudo sólo al dirigir la vista atrás puede uno recoger los hechos menores desordenados que combinados nos producen una reacción muy positiva; en el momento de esta sensación es posible que no se sepa explicar cómo llega a presentarse esta reacción con tanta fuerza. Nuestro siguiente trayecto llegaba hasta Tabernas, a una distancia de veintiséis kilómetros, de nuevo en su mayor parte tierras secas y a sus espaldas unas montañas grises que nadaban en medio del calor. Ni una sombra, y el almuerzo, acurrucados bajo una sombra inadecuada, fue una repetición de

la experiencia del día anterior, que varió sólo en un encuentro con un ingeniero alemán a caballo, quien nos dijo que seríamos excelentemente recibidos en la posada de San Juan en Tabernas. Sin embargo, al acercarnos a Tabernas se nos encogió el corazón y nos vimos poseídos por el miedo. Este miedo a la inevitable aventura del pueblo al final del camino diario había ido aumentando gradualmente día a día, y en aquel momento era difícil encontrar razones suficientes que explicaran esta sensación. Sin embargo, al echar la vista atrás se puede hacer una correlación de incidentes que, juntos unos con otros, es bastante adecuada. En Alhama, nuestra primera parada, se nos había negado el alojamiento, concedido al final merced a la intercesión del mozo de cuadra; en Lorca casi nos convertimos en el hazme reír del pueblo, y de nuevo se nos habría rechazado si no llega a ser por nuestra amistad con el carretero; en Puerto Lumbreras, rechazados una vez más, habíamos tenido que suplicar admisión en el albergue; en Huércal Overa el pueblo nos había parecido resentido y malhumorado, la posada glacial; en Vera la gente había sido simpática; en Sorbas una recepción poco amistosa había sido transformada por el ex-americano. No se podrían achacar estos desaires a la rudeza ni a la falta de corazón de las personas con las que nos habíamos encontrado; se debían meramente al contacto de los inesperados con los maleducados. En una palabra, se trataba de una exhibición del instinto gregario. Las buenas maneras del español han sido alabadas a menudo, pero la verdad es que no tiene tanto buenas maneras como buenas tradiciones. Ante algo que cae fuera de sus costumbres puede ser tan descortés como cualquiera. Los mismos que nos rechazaban, una vez que los habíamos convencido del propósito de nuestro viaje y de quiénes éramos, podían ser tan afables como se podría desear, aunque su afabilidad a menudo sólo fuera superficial. Sin embargo pasar por esta penosa experiencia en cada parada con lo agotados que estábamos se nos estaba haciendo muy desagradable. Alcanzó su clímax a la llegada a Tabernas, a pesar de lo que nos había dicho el alemán.

Vista a lo lejos, Tabernas era un pueblo en un hondón en torno a la torre de la iglesia. A un lado de esta depresión se levantaba una colina de forma cónica coronada por las ruinas de lo que antiguamente debía haber sido una importante fortaleza. El camino descendía muy pronunciadamente por el valle, así que, como precaución extra contra una llegada problemática, Jo se encaramó al carro, y, tomando las riendas, se semi

ocultó bajo el dosel. Generalmente ella era la causa principal de gran escándalo debido a nuestra apariencia. Una mujer vestida con un simple vestido de algodón, calzada con alpargatas, y con sombrero, infundía asombro, risas y ridículo entre los españoles de pueblo. Si se hubiera pintado la cara de blanco con manchas de color rojo y negro como los payasos no habría causado más sensación, más bien menos, pues los españoles habrían tomado la mascarada como una treta para sacarles el dinero de los bolsillos. Si hubiéramos entrado en el pueblo como si fuéramos unos saltimbanquis, podríamos haber pasado tranquilos; al entrar como unos modestos visitantes provocábamos turbulencias.

Nuestras precauciones fueron en vano. Habíamos salido de Sorbas más tarde de lo normal, con el resultado de que llegamos a Tabernas cerca de las seis y media. Normalmente terminábamos nuestro trayecto antes de esa hora, pero dio la casualidad de que en Tabernas, para nuestra incomodidad, también ocurría un fenómeno con el que no nos habíamos encontrado anteriormente en ningún pueblo. Es costumbre en las ciudades españolas el que, en cuanto se oculta el sol, las doncellas, vestidas con sedas, o satenes baratos, emergen de la reclusión claustral a la que les obliga el gran iluminador, y, cual hermosas mariposas, decoren el anochecer de la calle mayor del pueblo con sus muy coloridas personas. La vida en los pueblos es por lo general más simple, pero por alguna razón Tabernas, por muy pueblo pequeño perdido en las montañas que fuese, había imitado las maneras de las capitales de provincia. Rápidamente reunimos una muchedumbre de niños y muchachas de las afueras del pueblo riéndose y moviéndose, pero de repente al doblar la esquina nos vimos arrojados al desfile entero de la juventud, la belleza y la extravagancia del pueblo. Unas doncellas vestidas con la más cursi de las sedas baratas, con unas medias de puro “cadarzo”, calzadas con unos altísimos zapatos estilo Luis XV con los que se bamboleaban sobre los adoquines, nos rodearon en un corro, burlándose. Supongo que debería llenarnos de alegría el hecho de que, sin ningún gasto por nuestra parte, diéramos tanto placer a tantos; por el contrario, en aquel momento no albergábamos ningún sentimiento altruista. A nuestro paso las mujeres chillaban desde las ventanas, y un sacerdote nos contemplaba con una sonrisa complaciente.

Escondimos nuestro disgusto bajo una apariencia de indiferencia, azuzando al Coronel, quien había recuperado una vez más su costumbre urbana de detenerse ante todas las puertas abiertas, costumbre que bajo nues-



El castillo de Tabernas reconstruido.

tro tutelaje había empezado a perder. La calle, aunque era corta, parecía interminable, pero al fin llegamos a un edificio bajo encalado con un azul sucio, que anunciaba “Posada de San Juan”, y pasamos sin ceremonias a través de su portal abierto. La muchedumbre nos siguió, bloqueando la puerta con un gesto de interrogación.

-“¿Qué queréis?” exclamó una rústica mujer saliendo de una habitación.

-“Cobijo para el burro, cena y una habitación para pasar la noche,” contestamos.

-“Aquí no hay habitación para vosotros,” replicó la mujer. “No hay habitación,” repetimos lúgubrementemente.

-“¡No!” dijo ella decididamente.

-“¿Qué vamos a hacer? ¿Dónde podemos descansar? ¿No puede usted dejarnos algo, un par de colchones en el suelo, por ejemplo?”

-“Tendré que dejarles unos colchones,” dijo la mujer malhumoradamente; y entonces señalando con la mano hacia atrás, “podéis poner el burro ahí si queréis.”

Una hora después le oímos conceder una habitación a dos agentes de ventas que habían llegado al pueblo en diligencia.

El establo de San Juan, como el de la posada de Vera, era parte de la misma habitación de la entrada, pero el de San Juan estaba separado de la entrada por dos majestuosos arcos pintados de azul y unas puertas tambaleantes hechas de alambre. Conduje a Geraldine hasta aquel estercolero de establo, le quité el arnés (para entonces ya me había hecho un experto) y busqué al



"En Tabernas". (Dibujo del autor del texto).

mozo para procurarles algo de comida. La muchedumbre que se agolpaba en la puerta espiaba todos mis movimientos. Un hombre peludo con cara de tísico pero bastante embrutecido por el alcohol, que andaba por allí con unas zapatillas desastradas, parecía tener cierta auto-ridad, y a él le pedí comida para el burro.

-*"Ve y cómprala,"* dijo de mala manera; y añadió, *"Ahí hay paja,"* moviendo la cabeza en dirección a una portezuela.

-*"Pero,"* dije, *"¿dónde puedo comprar el grano?"*

-*"En el granero, por supuesto,"* replicó el tísico.

-*"¿Qué quiere toda esta gente?"* exclamó Jo a la posadera. *"Sólo están mirando,"* le espetó la mujer; *"¿Y por qué no iban a mirar? Es lo más natural."*

Lo cual no tenía respuesta posible.

Me abrí paso a empujones entre la muchedumbre, que no estaba interesada en mí; la atracción consistía en una inglesa con un vestido de algodón y un sombrero. Encontré el granero, compré un saco lleno de cebada, y volví a la posada, donde la multitud empezaba a disminuir. Encontré la paja cortada, pero estaba muy llena de polvo, y mis intentos de aventarla en la cesta grande no tuvieron otro resultado aparente que el de darme fiebre del heno durante muchos días. Así que el pobre Geraldine se tomó su cebada con paja mezclada con abundante polvo, pero no le fue peor que a sus amos, pues nuestra cena consistió en un vino mohoso, una tortilla cocinada con aceite rancio, y unas patatas medio fritas.

Después de cenar empezó a hacer frío en Tabernas, pues el pueblo compartía la elevación de las montañas con la atmósfera del mar, ya que sólo estaba a unas quince millas más o menos de la costa. Pero como - debido al tipo de ropas que habíamos traído contra el calor de España- nuestro método de abrigarnos era ponemos más ropa interior, y como, al no tener habitación, tales adiciones eran imposibles, como además no podíamos poner en orden nuestros colchones e irnos a la cama hasta que el pueblo no se hubiera tranquilizado, nos vimos forzados a sentarnos en unas sillas desvencijadas en la helada entrada abrazándonos, temblando, y lamentando que no pudiéramos conjurar el calor que nos sobraba de nuestro almuerzo bajo el sol. El tísico, que era el hijo de la casa, volvió a la posada tras una ausencia de un par de horas. Ahora estaba más agradable, pero su simpatía era obviamente alcohólica.

Yo me había sentado con el mapa, pensando en nuestra ruta del día siguiente. El trecho entre Tabernas y Almería era de unos treinta kilómetros, una distancia bastante larga para Geraldine a la vista del calor y de sus esfuerzos del día anterior. Mientras me hallaba considerando los pueblos del camino, preguntándome cuál sería el temperamento de sus habitantes, dudando de que se pudiera encontrar una posada tan cerca de Almería, sentí como me ponían una mano en el hombro.

-*"Ahora,"* dijo una voz ronca, que desprendía un halo de anisado, *"ahora comprendo por qué han venido. A decir verdad, esa historia de hacer pinturas no parecía muy razonable. Ahora lo entiendo, y puedo asegurarte que habéis dado con la persona adecuada. Yo soy el hombre."*

Me volví y me encontré con el tísico inclinado sobre mí, con los ojos encendidos de excitación.

-*"¿Qué quiere decir?"* pregunté

-*"¡Ajá!"* dijo el tísico alcohólico, *"no intentes ocul-tármelo. Soy un hombre honesto, y quizás la única persona capaz de ayudaros. Lo dividiremos a partes iguales."*

-*"¿Pero de qué está hablando?"*, dije, desconcertado.

-*"Venga, venga,"* dijo el tísico, *"no podemos ser socios si no hay confianza. Dime lo que sabes, y yo te diré de lo que me he enterado"*.

-*"Pero de verdad,"* exclamé, *"no tengo ni idea de lo que me está diciendo"*.

-*"No, no,"* dijo el tísico, *"no hace falta que me tengas ningún miedo. Ya te digo que sé un montón; puedo ser vuestro guía. Puede que tengáis los detalles exactos, pero os*

va a ser muy difícil ir solos. Mitad y mitad es lo justo. No podéis ir solos; el pueblo entero se enterará de todo”.

Exasperado por sus alusiones, le dije muy enfáticamente, “¿De qué estais hablando?”

El tísico miró de reojo a derecha e izquierda; y bajando la voz, me gruñó ásperamente al oído:

“Oro. ¿Eh? Oro romano”.

Le miré fijamente. Me guiñó el ojo, y señaló el mapa.

“Tú lo sabes también. Escondido en el viejo castillo, ¿eh? ¡Oh!, ha habido muchos que lo han buscado. Conozco todas las galerías viejas. Casi sé dónde está de hecho. Pero vosotros tenéis el mapa. Bien. Os guiaré y nos lo repartiremos. ¿No es eso justo?”

Quizás no había ningún casino en Tabernas que tentara a la juventud con sueños de una riqueza ilusoria. Sin embargo, el alcohólico estaba en ese estado del aguardiente en el que se está entre el buen o el mal humor y una mera inflexión le inclinaría hacia una de las dos direcciones. Vi que cualquier intento de convencerle de la naturaleza no áurea de nuestra aventura engendraría una pelea, y así, dejando tales asuntos para cuando estuviera sobrio por la mañana, quedé con él falsamente a las diez en punto para ir a la caza del tesoro.

La curiosidad de los habitantes del pueblo se había apaciguado desde hacía algún rato, y ya habíamos arreglado nuestros colchones para pasar la noche cuando una señora nos mandó un recado -quizás se imaginaba que éramos fotógrafos-, preguntándonos qué le cobraríamos por hacerle un retrato a su hija pequeña. Jo contestó con cierto placer que salíamos de Tabernas a primera hora del alba, y que no podíamos aceptar ningún encargo. La posadera expresó su pesar. Nos dijo que estaba segura de que si retrasábamos nuestra partida algunos días ganaríamos un montón de dinero en el pueblo.

Después de habernos procurado colchones, almohadas y mantas de caballería, que no estaban muy limpias, nos tendimos en la esquina de la entrada que tenía las menores trazas de estiércol. Mientras nos acostábamos otros espectadores, probablemente aquellos habitantes que no habían estado en el paseo y que no se habían enterado de nuestra presencia, se reunían de cuando en cuando para mirarnos fijamente y para intercambiar comentarios en voz alta acerca de nuestra extraordinaria apariencia. Pero la curiosidad humana

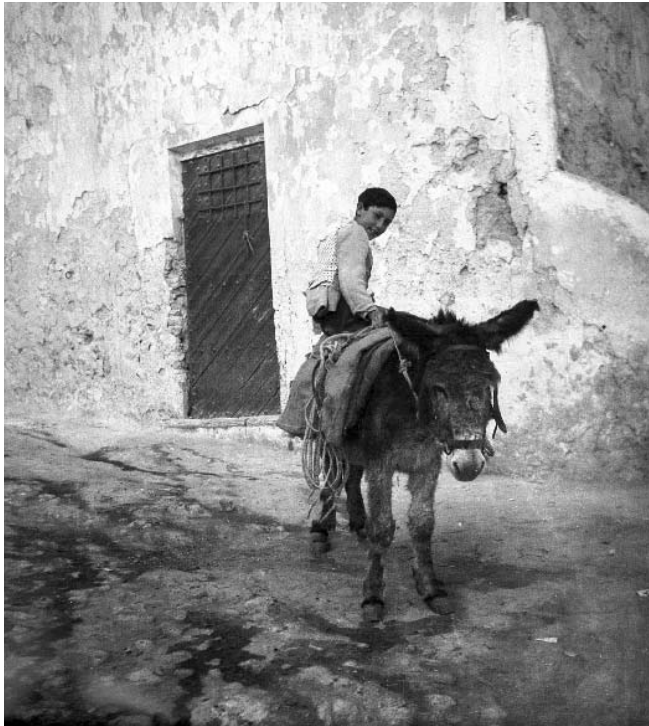
se despejó con lo entrado de la noche. Dio lugar a una curiosidad más irritante incluso. Ya habíamos sufrido las pulgas en Sorbas, pero entonces nos hallábamos en una habitación lejos de los animales; aquí dormíamos a unas pocas yardas de los establos, en la puerta del establo, por decirlo así. Hordas de parásitos nos atacaban. Gruñíamos y nos dábamos la vuelta y pegábamos sacudidas y nos rascábamos. Un castillo entero lleno de oro de los romanos no nos habría tentado a quedarnos un día más en Tabernas.

Jo quizás había estado fanfarroneando cuando anunció que nos iríamos de Tabernas con el alba. Fue una fanfarronada que resultó ser verdad. Por suerte el tísico estaba aún pegado a la cama. Sería interesante imaginar lo que diría cuando descubriera que sus cazadores de tesoros habían levantado el campamento. Quizás sospechara algún ardid y subiera gateando al castillo para ver si nos tomaba la delantera. Si así lo hizo, espero que la subida fuera buena para él; necesitaba hacer ejercicio.

XI

ENCUENTRO EN ALMERÍA

Aunque habíamos salido de vagabundeo con la esperanza de conocer músicas autóctonas no registradas, nuestro propósito más ostensible era descubrir hermosos paisajes para ejercer nuestro arte, pueblos que estuvieran fuera de la ruta más trillada a los que volveríamos para trabajar, y así pasaríamos el verano pintando. Sin embargo, aunque habíamos atravesado cerca de doscientos kilómetros por la España meridional no habíamos encontrado ningún lugar que nos tentara a regresar de buen grado. La razón de ésto parece clara si reflexionamos un poco. A pesar de lo poco denso del caserío, y de las distancias entre pueblo y pueblo, estos caminos pasan por partes pobladas de España, y las partes pobladas son las que no están imbuidas de las más nobles vistas que España puede ofrecer, la belleza de una desolación acumulada en las formas grandiosas de las montañas y los barrancos. Ahora, al pasar de Tabernas a Almería encontramos el paisaje deseado en los siete kilómetros que separan Tabernas de la pequeña venta caminera de Arroyo de Valdelecho. En todo este trayecto no había una sola casa, y a cada lado del camino, se levantaban unas montañas de todos los colores -rosa, azul, púrpura, ocre y gris- con unas formas sorprendentes esculpidas por los cinceles del clima. Sin em-



Muchacho en burra por una calle de Sorbas en 1935. Fotografía de Pierre Verger.

bargo, aunque caminábamos por un lugar que por su extraño pintoresquismo podría pertenecer al Haggar del Sahara, o a las montañas lunares, más que a la gentil Europa, no estábamos satisfechos. Las pulgas, combinadas con la aparentemente normal antipatía de Tabernas, nos habían lanzado al camino sin asearnos y sin desayunar, sin comida de ningún tipo, y no se va muy alegre con el estómago vacío. Quizás nos hallábamos en perfecta armonía con el paisaje que nos rodeaba, desolados por fuera y por dentro; pero hay ciertos *états d'ame* donde ni la percepción de la oportunidad estética ofrece deleite alguno; la combinación de falta de sueño, picaduras de pulgas, hambre, y exasperación se puede considerar uno de tales estados.

Pero después de dos horas y media de camino tuvimos la ocasión de alegrarnos un poco, pues divisamos, agazapada junto al polvoriento camino, una casa chata y larga, tan baja y tan pequeña frente las grandes montañas que le hacía a uno pensar en algún ser animado agazapado de puro terror. Aquí un anciano de buen corazón nos sirvió café caliente y pan, y al absorber con regocijo nuestros órganos vacíos la bebida caliente y la comida sólida, la majestuosidad y la rareza de la escena adquirió un verdadero valor estético. Resueltos a volver a este maravilloso rincón, preguntamos an-

siosamente al anciano si tenía alguna habitación para alquilar, a lo que respondió que sí. La pequeña venta estaba hermosamente limpia y encalada; y en aquel momento no pudimos imaginar obstáculo alguno para nuestro regreso allí. Aún no éramos lo suficientemente expertos. Cuando nos saciamos del sabor de España nos asaltó la sospecha de que existiera tal obstáculo, una mera sospecha pero que nos impidió llevar a cabo el experimento a pesar de la tentación paisajística.

Nos echamos otra vez al camino y descubrimos que la venta había aparecido justo a tiempo de atraparlos para nuestro deleite. Tan pronto nos pusimos en camino, bien estimulados para apreciar las maravillas paisajísticas, las montañas se amansaron, y un enorme y ancho lecho de río, lleno de un agua de color gris hierro, bordeado de guijarros pálidos, con olivos y parras, apartó de nuestra vista aquella gloriosa esterilidad mandándola más allá de la cordillera, la cual a partir de ahora carecía de grandeza alguna. Había hasta sombra. Los árboles sobresalían por encima del camino. Como los pueblos no mostraban ninguna curiosidad por nosotros, ni todavía había aparecido nada que se pareciera a una posada, nos vimos tentados a continuar nuestro camino a través de unas abruptas subidas y bajadas hasta Almería. Habíamos decidido descansar en ese puerto durante un par de días; aquí Geraldine podría descansar en paz. Sin embargo, a pesar de lo duramente que trabajaba se estaba poniendo bastante gordo.

Nos costó cinco peniques entrar en Almería o, como dijo insinuantemente el oficial del arbitrio, “sólo dos reales de nada, señores”. Por esta suma recibimos un papel que le daba a nuestro equipaje derecho a cruzar por las calles de Almería; ¡Si hubiéramos entrado clandestinamente, quién sabe a qué multas no nos habríamos arriesgado! El oficial también nos dijo que la Posada del Príncipe era lo mejor para nosotros. Así que cruzamos los barrios bajos de Almería sin llamar mucho la atención, llegamos a la plaza mayor, y con cierta alegre jactancia entramos en el patio de la posada. Durante los primeros días del viaje habíamos mostrado cierta timidez al entrar en las posadas, pero desde Vera habíamos cambiado de táctica. Pensábamos ahora que habíamos descubierto el secreto, que una especie de vigorosa confianza en nosotros mismos nos ayudaría a romper la desconfianza del posadero más rápidamente. Pero aún habíamos de descubrir cuál era el secreto. El dueño de la Posada del Príncipe nos echó a la calle otra vez sin más ceremonias ni cortesías.

Nos tragamos nuestra confianza en nosotros mismos, y le preguntamos a uno que pasaba por allí dónde estaba la posada más próxima. Estaba al doblar la esquina; a ella nos dirigimos llenos de dudas. El dueño estaba ausente. Intentamos abordar amistosamente al mozo, un gitano, que, aunque demostró ser poco susceptible a nuestros encantos, se encaprichó inmediatamente del Coronel Geraldine, y cuando llegó el posadero, el mozo le convenció de lo aconsejable que sería no tanto damos cobijo como guardar el burro en el establo.

El dueño de la posada era un hombrecillo lustroso, abultado ecuatorialmente, con una papada azul, bigotes negros, ojos brillantes, pelo grasiento, con un sombrero de ala ancha, el tipo de hombre que uno se imagina que es el típico barman en una novela americana. Mostró sus dudas claramente, mientras masticaba una cerilla y consideraba nuestras razones. Decidí que la mejor forma de tratarlo sería aparentando indiferencia, y sin prestarle ninguna atención seguí hablando con Jo. Al momento escupió los trocitos de madera que había estado acumulando, le hizo una señal bruscamemente al mozo, y, volviéndose a Jo, gruñó, “Hay que rellenar los papeles de la policía. ¿Saben leer y escribir?”

La posada era majestuosa, corno sólo nos habíamos encontrado dos o tres durante el viaje. El salón principal o entrada era inmenso, al menos unos veinte o veinticinco pies de altura, sostenido por dos filas de arcos enormes como si fuera la nave de una iglesia románica; desde luego parecía más grande que muchas parroquias. En este inmenso salón encalado, en cuya puerta la sucesión continua de carros había dejado unos surcos profundos en el sólido suelo de piedra, se hallaban albergados en tropel vehículos de todo tipo -camiones, coches, autobuses, diligencias, carros de dos ruedas, tartanas con dosel, carretas y carros de aldeano. En las esquinas se hallaban apiladas mercancías agrícolas en sacos o cajas. Había un tráfico continuo de un lado a otro, lo que no molestaba a las familias de gitanos o agricultores sentadas en corros en el suelo; mientras tanto, acostados sobre los arneses de los burros o en cómodos sofás o sobre sus alforjas, los arrieros estaban durmiendo a pesar del ruido.

En esta imagen no había nada que recordara a la Europa actual. España ha retenido su carácter más genuino en la posada, y aunque no había ningún sombrero de forma extraña, ni mantas de vivos colores, ni las calabazas ni los garrotes de las estampas españolas



“Mozo de Almería”. (Dibujo del autor del texto).

convencionales, sin embargo el sabor español, tanto óptica como olfativamente, era extremadamente fuerte. Si desea ver la España romántica, aquí es donde ha de buscarla, donde ni uno solo de los participantes en la escena tiene la más ligera noción de lo que es el romanticismo.

La doncella, atraída por los bramidos, llegó agarrando por la oreja un setter irlandés. Soltó el perro para enseñarnos nuestra habitación. Entramos en una galería lateral pasando por encima de varios hombres de piel oscura que estaban durmiendo, y llegamos a una escalera de mármol blanco y negro, en cuyo extremo superior toda pretensión se desvanecía para dar lugar a un estrecho pasillo de paredes blancas descascarilladas. El aire estaba impregnado de una peste ofensiva. La peste estaba cada vez más concentrada, hasta que justo cuando era lo bastante fuerte como para impedir que avanzáramos más llegamos a una puerta que abrió la doncella.

La habitación no tenía ninguna relación con la escalera de mármol. Esta última podría haber pertenecido a un palacio, la anterior sólo a un tugurio. Las paredes estaban encaladas aunque sucias; el techo estaba a punto de hundirse, al igual que el suelo mal entablado. Las camas eran caballetes comidos por los gusanos con unas lonas estiradas por en medio, mientras que



“Una habitación en la posada de Almería”. (Dibujo del autor del texto).

la ventana estaba tan combada y desvencijada que los cristales estaban sostenidos por unos enormes clavos, ya que la masilla se había caído hacía mucho tiempo. Esta posada era la más sucia de las que encontramos durante todo nuestro viaje, y hay partes de ella, así como ciertos incidentes, que no nos atrevemos a describir. En la habitación de al lado de la nuestra una familia de gitanos había tomado su morada. Había al menos tres sucias ancianas y bastantes niños. Los hombres de la familia dormían en la entrada. Nuestra habitación tenía una ventana, pero esta habitación no tenía ninguna. Medía más o menos unos ocho pies cuadrados, y en ella las tres ancianas y los niños no sólo vivían día y noche, sino que también cocinaban sus comidas en una cocina de carbón. Veíamos todos estos detalles pues tenían la puerta abierta para que entrara la luz, y para poder respirar meramente en estas circunstancias. De esta manera añadían sus efluvios particulares, no muy bien recibidos, a los ya abrumadores olores del pasillo. Puede que no haga falta añadir que los movimientos que hacíamos para llegar a nuestra habitación eran de lo más apresurado. Podíamos salir corriendo desde lo alto de la escalera, llegar a nuestra habitación, abrir la cerradura y abalanzarnos dentro sin tener que respirar.

Aún estábamos, sin embargo, haciendo el examen preliminar de nuestra habitación cuando oímos un tumulto fuera. Oteando por la ventana, alcanzamos

a ver un patio profundo aunque pequeño. La parte más baja de éste estaba ocupada por una pasarela en forma de curva e inclinada que llevaba de la entrada a un sótano, y por esta pasarela vislumbramos cómo el mozo intentaba inútilmente arrastrar a Geraldine. Uno o dos hombres estaban intentando ayudar al mozo, pero por una vez en la vida Geraldine se había plantado, a la manera obstinada de los burros. Salimos corriendo escaleras abajo. El mozo estaba sudando y no daba más de sí. Había probado a persuadirle; había probado por la fuerza. De ninguna de las maneras había consentido Geraldine. El burro siempre había odiado ir cuesta abajo, y esta pasarela tan en cuesta le había asustado hasta llevarle a tamaña obstinación. Sin embargo pareció reconocer a Jo, y al final, entre coacciones y caricias, la mano que le había dado de comer naranjas le persuadió una vez más para que se enfrentara con la peligrosa pasarela y que descendiera por ella. Pero Geraldine no era feliz en Almería, por alguna razón el establo subterráneo le asustaba, y se puso bastante malo con esta experiencia. Esto, por supuesto, no lo supimos hasta que dejamos la posada. Satisfechos, ahora que Geraldine estaba en el establo sano y salvo, salimos de paseo por Almería en busca de un lugar para cenar.

Vera había defraudado mi ideal de pueblo donde se fabricaban y tocaban extrañas guitarras; Almería tampoco respondió a mis juveniles suposiciones. Uno pedía algo a lo Brangwyn²²², hombres morenos y musculosos con boinas azules y fajines rojos reclinados sobre lechos de uvas blancas o abrazados a unos racimos gigantescos de fruta púrpura con el fervor de un amante abrazado a su chica. Pero en su lugar, unos jóvenes con los vestidos descritos en Sorbas, y unas chicas con tacón alto a lo Tabernas se movían remilgadamente sobre un fondo tan romántico como los anuncios de balnearios ingleses que hay en los ferrocarriles. Por supuesto no hay razón alguna por la cual Almería debiera haberse disfrazado a nuestro gusto; seguía próspera y alegremente dedicada a sus ocupaciones: transferir barriles o cajas a los barcos durante el día, y jugar, beber, comer o coquetear durante la noche. Las casas y las tiendas nuevas se adecuaban admirablemente al gusto dominante en la España moderna. De hecho la ciudad era un buen ejemplo de un pequeño puerto emprendedor de la Península.

²²² N.T. Sir Frank Brangwyn (1867-1957), pintor y grabador británico, influido por Mollet. Pintó escenas de mercado, asuntos orientales, decoraciones murales. Es famoso por sus aguafuertes. (N. del T.).

A los sueños, como a los perros que duermen, es mejor deja los en paz; debíamos haber tomado la ruta del norte.

Empezamos a buscar una fonda barata, una apropiada para el tipo de personas que los españoles se imaginaban que éramos. Los más sensatos se preguntaran por qué no nos abalanzábamos hacia un buen hotel, cenábamos bien y dormíamos cómodamente, dejando mientras tanto a Geraldine en la posada. Pero habíamos decidido de antemano seguir en las mismas condiciones durante todo el viaje; y desde luego apenas nos podíamos permitir un presupuesto de más de 3 libras y diez peniques a la semana para todos los gastos, una suma que, sin algo de cuidado por nuestra parte, no cubriría todas las necesidades del viaje. Cenamos esa noche en una pensión restaurante frecuentada por agricultores vestidos de negro, quienes nos estuvieron mirando fijamente durante toda la cena, lo cual, después de nuestras experiencias en Tabernas, nos echó a perder un yantar nada mal preparado. Una vez terminada la cena, volvimos a nuestra posada.

Cuando examinamos por primera vez nuestra habitación Jo había notado unas insignias ominosas en las paredes, y una especie de marcas al azar en la escayola como si muchas otras señales iguales hubieran sido eliminadas rallándolas. Se las había señalado a la doncella, sacando una obvia deducción. Pero la chica se había defendido replicando:

“Ningún viajero se ha quejado jamás de que haya parásitos en esta posada”. (Lo cual, si todos los viajeros se parecían a las gitanas de al lado, puede que sea verdad).

Habíamos comprado lisol a un farmacéutico parlanchín con el cual rociamos los colchones y los bordes de las sábanas, y así nos fuimos a la cama confiados en nuestra suerte y preparándonos para lo peor. Nuestros preparativos fueron acertados; la única bendición que nos cabía ahora esperar era la del amanecer. Habíamos usado nuestros impermeables con cierto éxito durante la retirada serbia de 1915; así que los extendimos por encima de la cama y los rociamos con la parafina que habíamos sacado de nuestro infiernillo. Pero estos bichos no temían impermeable alguno, y algunos esquivaban la parafina. Se podría consolar uno si tenemos en cuenta situaciones más apuradas, y así fue de cierta



Vista parcial de la ciudad de Almería a los pies de la Alcazaba, hacia los años 20-30.

ayuda recordar que Charles Darwin se tropezó en Sudamérica con el piojo de la pampa, la *Benchucha*, de al menos una pulgada de diámetro. Al final conseguimos dormirnos.

Nos levantamos tarde, y nos pusimos a buscar un lugar para desayunar no antes de las diez, lo cual casi parecía un crimen para nuestras madrugadoras conciencias. No habíamos andado mucho por la calle cuando pasamos por delante de un café, o más bien una taberna, frente a la cual una robusta mujer había puesto en la acera un enorme caldero sobre un pequeño hornillo. Del caldero salía una nube azul de vapor de aceite sobre el cual la mujer, moviendo continuamente los dedos, echaba de vez en cuando unos objetos pequeños que parecían anillos. Entre las rodillas sostenía un enorme cuenco de barro cocido lleno hasta la mitad de una sustancia viscosa. Con ésta moldeaba pequeños anillos que, una vez arrojados al aceite hirviendo, se inflaban y freían hasta que se convertían en una especie de frituras. Una niña pequeña removía los pedazos de fritura con un gancho de hierro, y tan pronto se doraban los enganchaba y los ponía en montones en un plato aparte. Un olor tentador muy de desayuno traspasaba el del aceite caliente.

-“¿Qué son?” exclamamos a la mujer.

-“Son *buñuelos*”, replicó, metiendo el dedo por uno de los trozos de masa y echándolo al caldero.



“Buñuelos”. (Dibujo del autor del texto).

Nos sentamos en seguida, pedimos café y buñuelos y empezamos a disfrutar lo que nos pareció el desayuno más delicioso de Europa.

Es extraordinario cómo la casualidad concede sus favores. Si nos hubiéramos levantado veinte minutos más tarde nos habríamos perdido los buñuelos y veinte minutos antes no habríamos conocido al francés. Era un hombre raro, encorvado, un viejecillo, vestido con ropas raídas, las cuales, aunque de la talla correcta, eran «demasiado anchas para sus encogidas zancas» en todas las otras dimensiones, de modo que el chaleco le colgaba como si fuera un festón y los pantalones se le ajustaban a la cintura al azar con numerosos pliegues, debido a lo que le tiraban los tirantes.

Levantó la cabeza al oír nuestra entonación, y en cuanto nos sentamos saludó con el sombrero y nos preguntó si por casualidad éramos franceses. Contestamos que éramos ingleses.

—“Ingleses,” dijo; “qué interesante. Soy francés, ingeniero, pero llevo muchos años en este país. Comprenderán que aunque es un país muy pobre para vivir, es un buen lugar para hacer dinero.”

Después de algunos comentarios inconexos el francés dijo:

—“Por cierto, tengo un amigo aquí que es compatriota suyo. Es uno de los hombres más extraordinarios que conozco. Un hombre de un talento abrumador. Un hombre que hay que respetar, pero que no le da ningún uso a su talento. Debo presentárselo.”

Sentimos como Sterne, “que no habíamos salido al extranjero para conocer ingleses,” pero el francés continuó:

—“Este hombre es realmente sorprendente. Ha disfrutado de los honores más altos. Ha sido compañero de príncipes. Habla muchos idiomas, es profesor de economía, autor de un gran libro de negocios, sin embargo vive aquí, sin dinero, negándose a trabajar. Tiens, les diré cómo vive actualmente, y ustedes se maravillarán conmigo. Hay un hombre aquí, un extranjero también, que tiene una extraordinaria posición comercial, una posición comercial internacional, voyez-vous. Este hombre tenía un perro grande, un perro inmenso, un perro gigante de hecho, y el perro se murió. Así que este caballero dijo que como no pensaba comprarse otro perro en aquel momento, nuestro amigo el profesor se podía quedar con la carne y los restos de comida que le daba al perro. Lo único que le preocupa es el café; debe beberse treinta o cuarenta cafés al día cuando puede. Y así vive, un hombre con un intelecto tan profundo comiendo lo que le daban a un perro. ¿Se lo pueden creer?”

El francés insistió en que lo conociéramos, y gracias a unas cuantas indicaciones analizamos sus propósitos. Este extraño inglés le había impresionado notablemente, pero el francés, con la precaución característica de sus compatriotas, temía vagamente ser víctima de un engaño: juzgar a hombres de otra nación es difícil. Teníamos que comprobar la autenticidad y la profundidad de este compatriota, y el francés modelaría su opinión a partir de la nuestra. Ninguna de estas cosas nos las dijo directamente, por supuesto, pero mientras seguía hablando pudimos vislumbrar la daga de su desconfianza bajo la capa de su admiración. Así es que quedamos en conocer al profesor a las cuatro en ese mismo café.

Habíamos descubierto no sólo los buñuelos y al francés, sino también un buen lugar para cenar, donde por unas pocas pesetas nos tomamos un almuerzo de lo más delicioso, durante el cual el benjamín de la familia, que estudiaba inglés en la escuela, nos declamó lentamente cuatro o cinco páginas de su libro de primero de inglés.

A las cuatro volvimos al lugar donde nos habíamos citado, y un poco más tarde llegó el francés acompañado del profesor. El profesor iba vestido con un chaleco, pantalones a cuadros, y unas botas de charol; el chaleco estaba lleno de manchas, los pantalones se caían de puro deshilachados, y las botas estaban rajadas y sucias. Tenía entre treinta y cinco y cuarenta años. Estaba chupado de cara, con unos pómulos prominentes y redondos, y los ojos eran como dos círculos desmesuradamente abiertos en medio de unas cuencas hundidas; el pelo era de una exuberancia media, atemperada por los comienzos de la calvicie, y escondía la boca bajo un fino bigote y una perilla. Entre la cabeza y el chaleco vestía un cuello de camisa, un cuello doble de más de tres pulgadas y media de altura, pero lo más destacable de este cuello no era tanto su altura excesiva como su anormal circunferencia. Tenía un cuello que ya casi era una cuerda; el cuello de la camisa parecía estar hecho para un hombre de considerable obesidad, y era tan grande para el que lo vestía que a duras penas si podía evitar que la barba desapareciera por el orificio junto con la parte inferior de su cara. Con este cuello parecía a veces un nadador inexperto luchando por mantener la cabeza por encima del agua. El cuello de la camisa estaba hecho de caucho y le habían dado un lustre blanquecino, pero estaba tan gastado que en una extensa zona del borde había desaparecido el esmalte y el fondo negro era demasiado evidente, dando al profesor un aire mugriento que quizás no merecía.

Esta singular figura nos saludó con una profunda reverencia. “Me enorgullece encontrarme con compatriotas míos en este ignorante país,” dijo, “muy orgulloso de encontrarme con artistas y viajeros. Permítanme presentarme yo mismo.” Nos tendió una tarjeta. En ella se hallaba impreso lo siguiente:

PROFESOR ARCHIBALD PLAMVILLE.

Ex-instructor de economía de S.A. R el Príncipe de A---; Ex-tutor de Su Alteza el Príncipe B---, hijo de S.A.R. el Príncipe C---; Ex-tutor del Conde de D---. Profesor de Economía en la Escuela de Empresariales de E---. Autor de «Manual de Economía empresarial» (de próxima publicación).

Le ofrecimos al profesor un café, que aceptó con placer. Entonces el francés, habiendo concluido su deber, nos saludó y se marchó.

–“Ese individuo,” dijo el profesor, mirando de reojo aquella silueta en retirada, “es inmensamente rico, aunque no lo parezca. Ha hecho una fortuna con estos españoles ignorantes. Pero es un avaro, increíblemente avaro. No se le puede sacar ni esto”, dijo dando un chasquido con sus sucias uñas.

–“Sin embargo”, continuó, “estoy divagando. Dejemos a ese francés en el olvido que merece. Deben estar maravillados de encontrar una persona como yo en un sitio como éste. Para decir la verdad, pueden comprenderme sólo como un personaje de ficción. Me autoadulo diciéndome que podría haber salido directamente de las páginas de Dickens, por lo menos. Pueden comprobar, dijo, –señalando elegantemente con su delgada mano a la tarjeta– “que he tenido lo que podríamos llamar una carrera ilustre. He ganado premios de economía. He instruido a personas de alto rango, príncipes nada menos, de familias reales. Y he venido a caer en esto. Se preguntarán cómo. Por culpa de la filosofía, de la filosofía meramente”.

Después de reflexionar sobre la carrera del profesor, dedujimos que muy probablemente se hallaba atrapado en España, a donde había huido algunos años antes escapando de la guerra.

El profesor aceptó una segunda taza de café.

–“Les contaré cómo descubrí mi filosofía. Había descubierto por casualidad durante mis vagabundeos una mina de un valioso mineral en las montañas de Andalucía. Había una pequeña aldea cerca, y le hice partícipe de mi descubrimiento al alcalde, contándole cómo esperaba que hiciera su fortuna a la vez que la mía. Me dijo: Por amor de Dios, señor, no dé un paso más. Nuestra aldea es ahora feliz, y aunque es pobre es feliz. Cada uno tiene su rango, cada uno su lugar, en el que está satisfecho y es relativamente importante. Usted hace su mina; trae aquí dos mil trabajadores. ¿Qué es lo que nos sucede? Quizás nos hacemos más ricos, pero ¿somos más felices? ¡No! Perdemos las cosas importantes que nos son más apreciadas; somos engullidos por el nuevo mundo que irrumpe entre nosotros. Yo, por ejemplo, soy alcalde. ¿Qué sería con dos mil extraños? ¡Señor, le ruego que deje el maldito mineral en la tierra donde Dios lo colocó”.

–“Para mí,” siguió el profesor, mientras sorbía una tercera taza de café, “este discurso del alcalde fue una revelación. Toda mi vida había andado de un lado para otro, dando clases de economía, pensando en la economía, y aquí se me demostraba que la economía no constituía la felicidad. He sido tutor de economía de Su Alteza Real el Príncipe de A---, y sin embargo, podía percibir que, en



Vista general de Almería. Fotografía de Lucien Roisin Besnard (*Andalucía, 1920-30. Memoria recuperada*, 2002).

cierto modo, el alcalde tenía razón. Desde aquel momento decidí no seguir luchando. En el futuro dejaría que el Destino me llevara a la deriva, a la deriva, señor”.

“Ahora vivo muy cómodamente, debido a la generosidad de un caballero extranjero, quien me proporciona el sustento. Soy feliz, tengo mi importancia relativa, mi sitio; ¿Por qué habría de luchar por mejorarlo? Sin embargo me puedo creer fácilmente que otros, menos filosóficos, no estén dispuestos a aceptar la vida tal como yo lo hago. Así que para ellos estoy compilando mis conocimientos económicos. Estoy escribiendo un libro que espero publicar dentro de poco. Los empresarios de Almería son muy generosos al ayudarme a que termine este libro. A veces voy a sus despachos y les leo páginas de mi obra para demostrarles como avanzo. Están todos ansiosos de que se publique, se lo aseguro. Y siempre que les visito, se muestran más que dispuestos a contribuir con unas cuantas pesetas a los costes de producción, que son grandemente onerosos. Algunos de ellos, señor, incluso se flían de mi honradez, sin que les haya leído nada. Pronto espero haber reunido lo bastante como para cerrar mi lista de suscriptores. Lamento no tener un capítulo o dos para leerseles ahora, puesto que ustedes son artistas como yo, aunque de una rama diferente por supuesto”.

El profesor me preguntó entonces la hora, y, al descubrir que era más tarde de lo que imaginaba, salió corriendo a una cita con un posible suscriptor. Antes de marcharse nos indicó un café donde siempre se le podía encontrar después de la cena.

XII

CAMINANDO HACIA ADRA

Levantarse temprano no le iba nada bien al temperamento del mozo de cuadra, y estaba de muy mal humor, pero estábamos resueltos a escapar de los bichos y de la mugre de la posada y de las incómodas atenciones de la juventud almeriense. Así que al alba liberamos a Geraldine de su mazmorra, y con los primeros rayos de sol nos encontramos sentados en el hospitalario café comiendonos los primeros buñuelos fabricados por la regordeta dama. El posadero admiraba la pinta del Coronel, y nos dijo que habríamos estado alojados más cómodamente en su casa, que él tenía habitaciones limpias, y que nos habría buscado un lugar para alojar el carro y el burro. Entonces nos ofreció un vaso de anisado a guisa de despedida. Con un “*Vaya con Dios*” suyo y de la mujer, y con un “*good morneeng, good bee*”, del pequeño estudiante de inglés, partimos una vez más.

Salimos de Almería solos. Antonio, que nos había prometido venir con nosotros durante los primeros días, y que había sido incapaz de acudir a su cita en Lorca, había una vez más pospuesto su capricho. Esa desgraciada fábrica de imágenes y de tazas de water cubiertas de felpa ocupaba su atención totalmente. Escribió para decimos que no podía partir en ese preciso instante. ¿Dije que escribió? No; alguien le escribió la carta. A pesar de la pujante posición comercial de Antonio en la ciudad de Murcia, sospecho que no sabe leer muy bien, y que escribe con mucha dificultad, si es que acaso puede. Hizo que le escribieran que lamentaba mil veces que los negocios le retuvieran. Sin embargo, tanto mejor, añadió, se reuniría con nosotros en Granada para acompañarnos hasta Málaga, y este aplazamiento le permitiría traer consigo a Clemente el escultor. Añadía entonces un párrafo de elaborada palabrería acerca de lo divertidas que tenían que ser las noches de viaje, imaginaciones que no tenían nada que ver con los hechos reales que hasta ahora nos habían ocurrido.

La salida de Almería era más pintoresca que la entrada, pues las casas del viejo puerto habían conservado el aspecto natural; de un pueblo de pescadores mediterráneo; pero no nos detuvimos a contemplar el paisaje, pues no estábamos seguros de la distancia que íbamos a recorrer. El lugar más cercano señalado en el mapa era Adra, a unos cuarenta y siete kilómetros,

pero nos habían dicho que había un pueblo a mitad de camino, aunque no nos pudimos enterar a qué distancia estaba. Puesto que en el mapa el camino bordeaba la costa durante un trecho, esperábamos que el camino fuera en llano, esperanza que resultó ser vana. La costa descendía hasta el mar formando un acantilado, y el camino se elevaba y descendía de una manera molesta. Geraldine había sido un burro alforjero, como habíamos dicho, y, a pesar de los ocho días de prácticas, no se había acostumbrado al modo en que el carro le pisaba los talones cuesta abajo. Cuesta arriba subía bastante enérgicamente, pero en las cuestas abajo ponía una pata delante de la otra con un cuidado exasperante. Lo accidentado del camino lo puso a prueba penosamente. Este camino está indicado en el mapa como un buen camino, pero si éste era un buen camino, temblábamos a la vista de un tramo entre El Pozuelo y Albuñol, aún por llegar, que estaba indicado como “muy mal cuidado”. Aquí el polvo y la arena tenían un pie de profundidad, sobre el cual los grandes carros de viaje habían arado dos surcos hasta llegar al fondo más duro. Nuestro pequeño carro, mucho más estrecho, sólo podía aprovechar uno de los surcos por lo que la otra rueda se hundía en la arena y yo me veía obligado a arrimar el hombro a la parte de atrás del carro y a empujar con todo mi peso. Esta tarea no era muy placentera en un camino sin sombra alguna con el sol ascendiendo rápidamente por el cielo. La arena salía de los radios de las ruedas como el agua de un molino, rodeándonos con un halo de polvo flotante de un sabor desagradable en la lengua.

Cada vez subíamos más por encima del nivel del mar, rodeando los precipicios. Esperábamos poder bañarnos en nuestro viaje por la costa, pero apenas si tuvimos oportunidad. Una y otra vez en las calas muy por debajo de nosotros, veíamos pequeñas comunidades de pescadores que extendían largas redes por la playa, o sacaban del agua unas lanchas de altas proas con unos cabrestantes. En Valencia sacaban los botes con bueyes. Después de doce kilómetros más o menos dejamos la costa; la pista era ahora mejor, y empezamos una lenta ascensión por un camino que atravesaba casi en línea recta un cabo llamado Las Norias, de unos treinta kilómetros de ancho. A nuestra izquierda el terreno se inclinaba gradualmente hacia el mar; a nuestra derecha había cordilleras de montañas que culminaban en la Sierra de Gador, una de las estribaciones orientales de Sierra Nevada. Hacía calma ese día, pero nos ocurrió un extraño fenómeno.

A la izquierda la depresión de Las Norias se extendía verde y dorada bajo el sol de la mañana; a nuestra derecha las montañas de la Sierra de Gador estaban cubiertas por una sombra sobre la cual flotaban unas nubes de color ciruela, que se movían formando fantásticos círculos bajo el impulso de alguna corriente de viento que venía de arriba y que nosotros no sentíamos. El camino hacía de línea divisoria sobre la cual no penetraban ni el sol ni la sombra. Se oía un sordo rumor de truenos; los relámpagos iluminaban la silueta de las nubes. La tormenta arrastraba su velo de sombríos crespones desde los barrancos hasta las crestas a nuestra derecha. A nuestra izquierda ninguna otra vista podría parecer más libre de perturbaciones. Por un lado todas las líneas parecían retorcerse y torturarse; por el otro, el contorno entero del paisaje, el tranquilo horizonte marino, las gentiles llanuras onduladas expresaban una apoteosis de paz. Durante todo nuestro trayecto, unos treinta kilómetros, la tormenta a un lado, el sol al otro, siguieron en su sitio como dos antagonistas asustados ante el reto de plantear batalla.

Pero la tormenta de la Sierra de Gador, sin embargo, iba a tener su efecto sobre nosotros. Andábamos alegremente entre las hileras de olivos, cuando al llegar a un torrente desbocado que vertía sobre el camino nos detuvimos de repente. Es una costumbre ahorrativa de los que hacen los caminos en España el atravesar los torrentes intermitentes en lugar de hacerlos pasar por debajo. El agua bajaba como un rayo de las montañas, arrastrando un estruendoso coro de piedras y rocas que saltaban por el borde del camino pues se hallaba empantanada en uno de los lados. Estábamos a punto de entrar en el torrente para probar su verdadera fuerza y profundidad -pues estas cosas pueden ser engañosas-, pero una niña pequeña que se encontraba allí cerca, cuidando de unos animales, se nos acercó corriendo.

-“No lo intenten, no lo intenten; se los tragará y se ahogarán”, gritó a modo de aviso.

-“Pero”, contestamos, “¿cuánto va a durar esto?”

-“¡Oh!” replicó, encogiendo sus delgados hombros, “una hora, dos horas, tres horas, eso depende. ¿Quién sabe?”

Tuvimos la suerte de que habíamos salido de Almería al amanecer. Aún no habíamos almorzado, y aunque aún era muy temprano para comer, soltamos a Geraldine, nos sentamos en un montón de piedras, y consumimos nuestro pan, huevos, y demás. El Coro-



"Los enanos". (Dibujo del autor del texto).

nel, como acostumbraba, se tomó su postre de mondas de naranja.

Pero el tiempo discurría lentamente. Hubiéramos usado nuestros cuadernos de dibujo, pero no había nada que dibujar: aquel lugar era singularmente poco pintoresco. Un hombre a caballo llegó al otro lado del torrente, pero no intentó cruzar. Después de un rato nos pareció que la corriente iba disminuyendo. Nos hubiera encantado movernos, pues no hacía ningún calor, al haber estado cubierto durante algún rato y al no haber salido el sol, a pesar de que nos hallábamos en Junio en el sur de España.

Cuando nos disponíamos a probar la corriente, percibimos al otro lado del camino un grupo de chicos en torno a una chica montada en un burro. Se acercaron al hombre a caballo y le consultaron algo. El grupo, acompañados por el hombre a caballo, empezó a moverse en dirección a las montañas, por una especie de laguna entre los montes o más bien una llanura que sería una laguna durante el invierno. Los chicos entraron en el torrente por un lugar y por allí llevaron a la chica del burro y al hombre a caballo. Se dirigieron hacia nosotros.

Cuando se acercaban nos dimos cuenta de que no eran chicos, sino tres enanos gordos y robustos, de aspecto grotesco. Les preguntamos a esta extraña gente si sería posible cruzar con el carro y el burro por donde ellos habían cruzado.

- "Si le enseñamos el camino, sí," dijo uno de los enanos.

Rápidamente enganchamos a Geraldine al carro, y entonces, empujando y haciendo equilibrios por aquellos terrones que amenazaban a cada momento con volcar el carro, cruzamos por el vado. Yo iba montada en el carro, uno de los enanos llevaba las riendas, los otros dos empujaban por los ejes, yo por detrás y de un tirón, chapoteando, arreando, empujando, dando voces, pasamos el torrente. Les dimos las gracias de todo corazón a los enanos. Volvieron chapoteando por el arroyo hasta donde estaba la chica, la cual, con una flor roja en los labios, aún montada en el burro, les esperaba en la otra orilla. El agua, que me llegaba a las pantorrillas, les llegaba a ellos por las rodillas. Con un gesto de despedida reemprendieron su camino; y la estampa que ofrecían al marchar los tres extraños hombrecitos agrupado en torno a la chica a lomos del burro muy bien podría haber ilustrado algún episodio de los cuentos de Grimm.

Estos enanos que ahora se volvían con su dueña, habían nacido, para su desgracia, unos cien años demasiado tarde. Quién sabe, pero hace un par de siglos, podrían haber sido los favoritos de los reyes, y les habría retratado Velázquez. Ya no nos podemos permitir que las malformaciones grotescas nos parezcan divertidas. Si nos compadecemos debemos prohibir que el objeto de nuestra compasión engendre beneficio o deleite. En España aún no son tan tiernos y convencionales. Se ríen de las cosas grotescas, y a menudo los que son grotescos disfrutan con que alguien se ría de ellos. Hay un bailarín en Madrid, el tipo más alegre que uno se pueda imaginar. Había sufrido algún accidente y había perdido la parte inferior de las piernas, pero, sin arredrarse, se había calzado unas enormes botas del revés a lo que quedaba de sus espinillas y había aprendido a bailar de nuevo con la más grotesca de las cabriolas. ¿No decía Dan Leno²²³ en "El camarero" que de tanto correr de un lado para otro se le habían gastado las piernas, y que para hacerse unas nuevas le había dado la vuelta a los pies? En este hombre aquella afirmación era literalmente verdad. Pero había puesto tanta alegría en su desgracia y disfrutaba tanto bailando que la compasión sincera le habría animado a bailar mucho mejor. Llegó a Inglaterra, pero el espectáculo

²²³ N.T. Dan Lenon, cuyo verdadero nombre era George Galvin, (1860-1904) fue un popular artista inglés de *music hall* del s. XIX. Era contorsionista y saltimbanqui, y su número más popular era un baile que interpretaba con zuecos.

de cómo este hombre se sobreponía a su desgracia conmovió tanto a ciertos espectadores sensibles -en su mayoría mujeres ricas, probablemente adornadas con plumas arrancadas a pájaros vivos y con pieles de animales desollados- que se le prohibió actuar más. Por mi parte no veo objeción alguna a que disfrutemos de lo grotesco en esta vida, incluso aunque lo grotesco sea uno de nuestros congéneres, siempre que el ser grotesco mismo pueda compartir los beneficios o mantener su orgullo con esta diversión; de hecho, si llegáramos a comprender cuán grotescos somos nosotros mismos, podríamos aligerar fácilmente esta carga de seriedad que tanto limita a la humanidad.

Llegamos de nuevo al camino sin accidentes, y resumimos nuestro penoso caminar. A última hora de la tarde, cuando nos estábamos preguntando dónde encontraríamos un pueblo, alcanzamos a un hombre que iba despacio por el camino. Le dimos los buenos días, y caminó un rato con nosotros, haciéndonos las preguntas introductorias usuales, las cuales intentamos satisfacer. Hablamos entonces de la riada que acabábamos de cruzar, y contestó que las últimas lluvias le habían hecho mucho daño a los olivos. Añadió, sin embargo, que Murcia había sufrido una terrible catástrofe al desbordarse el canal y el río; la mayor parte de la ciudad había sido anegada, dijo; muchos árboles habían sido arrastrados totalmente y jardines enteros habían sido devastados por las inundaciones.

Insinuamos una pregunta acerca de la distancia al pueblo más cercano y de las perspectivas de alojamiento durante la noche, a lo cual contestó que el pueblo estaba a un kilómetro más o menos, que él mismo iba para allá, y que nos llevaría a una posada, "*un lugar especial*", añadió, "*y limpio, no como la mayoría de las posadas. Si yo no los presento dudo que les admitan*".

La posada era una de las primeras casas del pueblo; de hecho estaba tan al principio que el pueblo aún no era visible, ya que estaba a otro cuarto de kilómetro tras una curva cerrada bordeada de árboles bajos. La posada era de tipo muy español, como la de Arroyo de Valdelecho, una casa construida por alguien siguiendo el modelo de un vagón de tren, un edificio de una planta en la que todas las habitaciones eran una mera extensión en longitud, de modo que a todas las habitaciones, excepto a las de los extremos, se entraba pasando por las otras habitaciones. De este modo cada habitación tenía dos puertas y al menos una ventana, y deben de haber estado muy aireadas en invierno, pues las puertas y las

ventanas en aquel clima sureño pronto abandonan toda pretensión de cerrar ajustadamente. La casa estaba dividida en dos por la espaciosa entrada convencional -con su majestuosa puerta a cuya espalda, aún bajo el mismo techo, estaban los establos. Nuestro guía, después de introducimos en la entrada, besó en ambas mejillas a una mujer que parecía la hermana terrenal de la Virgen. Comenzó un largo discurso sobre nuestras personas, nacionalidad, méritos, viaje, y demás cosas por el estilo, y concluyó que éramos personas dignas de alojamiento. La mujer nos miró dudosamente, midió con el ojo nuestras propiedades en el carro, y entonces, con el aire de quien hace una enorme concesión, nos permitió tomar una habitación para aquella noche. Nos llevó hacia la derecha por otras dos habitaciones, y nos alojó en una de las últimas, que contenía dos camas. Parecía muy limpia, las sábanas estaban blancas, los muros y el techo encalados de blanco. La habitación de al lado era también un dormitorio con dos camas, que más tarde fue ocupada también por otros huéspedes, pero la primera habitación de esta serie parecía ser un almacén de trastos devotos. Las paredes se hallaban cubiertas de una extravagante colección de retratos de santos, grabados, oleografías, litografías, pinturas sobre vidrio, relieves de cera, placas de cerámica, y horribles óleos que colgaban amontonados hasta cubrir toda la superficie libre. Una vitrina, una rinconera, una hilera de estanterías portátiles, y una estantería de obra, contenían imágenes de escayola, libros devotos, jarras con flores de imitación, globos de vidrio teñido, y anaqueles llenos de postales religiosas doradas y sembradas de lentejuelas. En el centro de la habitación había una mesa enorme, a la cual un par de mujeres de rodillas estaban ajustando con gran cuidado un mantel de una tela immaculada.

"Sí que tiene que ser un sitio limpio", pensé; "parece que se están tomando un montón de molestias con la mesa donde vamos a cenar".

Todos los de la casa iban vestidos de negro: dimos por supuesto que estaban de luto. Hasta ahora nuestra búsqueda de la música flamenca española había sido infructuosa. Excepto en Puerto Lumbreras no habíamos oído más que murmullos, y en la mayoría de las posadas nos habían prohibido tocar, pues los propietarios estaban de luto. No se debía a la tremenda mortalidad infantil de España, puesto que no se guarda luto por los niños sin confirmar: sus pecados no cuentan. Toda familia guarda luto por sus parientes hasta el grado enésimo, o incluso -como nos había ocurrido en dos ocasiones- por el casero; y como la música de todo



"Los portadores de la Virgen". (Dibujo del autor del texto).

tipo está prohibida durante el período de luto, parece increíble que algún español encuentre intervalos entre luto y luto para practicar el instrumento nacional.

Habíamos salido muy temprano de Almería, y, como nos habíamos visto obligados por la inundación a almorzar antes de la hora debida, ahora estábamos muertos de hambre. Nos dijeron que no se podía preparar comida durante al menos otra hora y media por la procesión. Así que muertos de hambre y de frío -pues las tardes eran aún muy diferentes en temperatura del día-, nos pasamos un rato mirando las musarañas, demasiado deprimidos como para que en nosotros se despertara excitación alguna ante la perspectiva de las novedades que aún teníamos que ver. Sacaron la mesa, cuidadosamente enjaezada, del almacén devocional, la llevaron fuera y la pusieron en el camino que pasaba por la puerta principal. No la habían preparado pues para nuestra cena. Cuando empezó a hacerse de noche, salió por la esquina del pueblo la procesión entonando un extraño himno monótono. A cada lado del camino iba una larga fila de mujeres y niñas, portando velas con el mayor de los cuidados para que la cera derretida no manchara sus vestidos de fiesta. En el centro del camino iba un grupo de muchachos con sobrepelliz llevando un estandarte, seguidos por un cura y un sacristán. A su vez éstos eran seguidos a cierta distancia por cuatro chicas que llevaban con unos palos una plataforma cubierta de flores, de la cual sobresalía una imagen de la Virgen. Nos dijeron que llevaban la imagen, que pertenecía a la iglesia del pueblo, a una misa en una pequeña capilla a las afueras del pueblo. Más tarde regresaría a su altar propio por otro itine-

rario. Tan pronto como llegó a la posada la dejaron suavemente sobre la mesa de blanco durante un rato. Todas las mujeres de la posada se arrodillaron enseguida en el polvoriento suelo. Una mujer mayor lloraba amargamente. Después de descansar un minuto más o menos, otras cuatro chicas tomaron la plataforma sobre sus hombros, y se la llevaron a una casa más allá por el camino, donde la imagen fue depositada una vez más en otra mesa especialmente preparada. El chisporroteo de las dos hileras de velas fue desapareciendo gradualmente de la vista, junto con las siluetas del estandarte al viento y de la Virgen oscilando. Durante algún rato más ambas se recortaron contra el horizonte crepuscular. Durante mucho tiempo se pudo seguir el lento avance de la procesión por el sonido del solemne canto. De nuevo se hizo el silencio, y volvimos a la posada donde encontramos a las mujeres atareadas con las cocinas de carbón, preparando arroz, moliendo azafrán, y sirviendo aguardiente a los jóvenes que estaban de fiesta, quienes habían seguido indolentemente la procesión hasta aquel momento.

Nos fuimos a la cama muy cansados, pues estábamos empezando a sentir el esfuerzo de aquel camino lleno de arena por la costa desde Almería. Nos alegraba el haber cambiado la suciedad de la última posada por la exquisita limpieza de ésta. Pero ¡ay de nosotros que nos las prometíamos tan felices! Una vez más fuimos atacados por las pulgas, las cuales nos dieron una noche sin tregua y muy insatisfactoria.

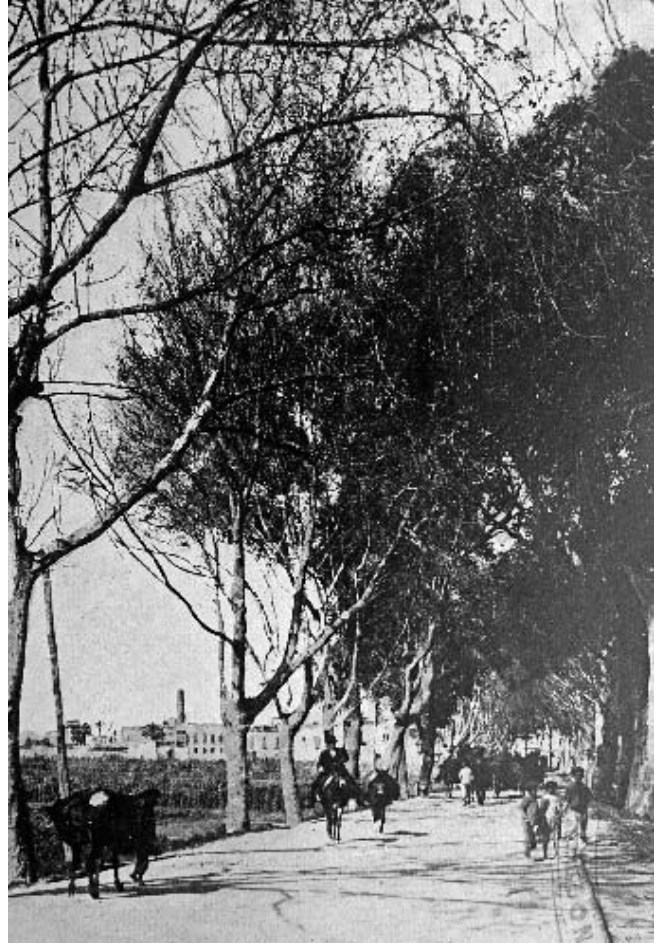
La presencia de las pulgas, contrastada con la limpieza exterior de esta gente, muestra que el problema de los parásitos en estos países del sur no es del todo un asunto de limpieza. No dudo en afirmar que la limpieza de esta gente era superior a la limpieza de un albergue de segunda clase de Inglaterra, y sin comparación alguna con uno de tercera clase, ninguno de los cuales sufren de sabandijas nocturnas. En general el estado de las casas españolas, construidas muy imperfectamente con vigas de madera en todas partes, el calor, y la transmisión de parásitos de un lado a otro por el a menudo inconsciente viajero -descubrimos después que las pulgas se habían refugiado en nuestros cuadernos de dibujo sin usar-, hacían que fuera una tarea casi imposible el mantenerlas a raya. Por norma general los españoles encalan de blanco sus casas por dentro al menos dos veces al año, y pintan las partes de madera de las camas con líquidos repelentes. Sin embargo las sabandijas pueden con todos sus esfuerzos. Si los nativos sufrieran las picaduras de los insectos.

tos tan agudamente y con tanto asco como nosotros, es probable que intentarían métodos más enérgicos; pero la confianza da asco: las pulgas y las chinches son consideradas compañeras inseparables de la posada. “*Pica mucho*” dice el que las sufre, y eso es todo. Bien podía decir la sirvienta de Almería, “*Ningún viajero se ha quejado jamás de los parásitos*”; una sirvienta inglesa también podría afirmar que ningún viajero se ha quejado jamás de tener unas pocas moscas en su habitación.

Así que lo tomamos como una bendición de la Providencia cuando descubrimos en Adra, a la noche siguiente, en una de las comarcas más calurosas del sur de España, una posada que estaba libre de sabandijas. Habíamos empezado a sospechar que nuestra inmunidad durante la primera parte del viaje se podía haber debido a las frías noches de los montes, y esta sospecha, que nos impidió volver al maravilloso paisaje de Arroyo de Valdelecho, nació en aquel momento.

Nuestro desayuno en la posada de Patalo, en el pueblo de Alfanate, fue animado por un hombre que nos cantó unas cuantas canciones flamencas, acompañándose de golpes rítmicos en la mesa. Estos golpes rítmicos son quizás merecedores de mayor atención, puesto que forman una costumbre que muchos españoles practican, a menudo inconscientemente. El flamenco está basado, como hemos dicho, en ritmos rígidos, y en una sucesión de acordes casi inamovible. Éstos se tocan en la guitarra, como introducción a cualquier cante o baile, golpeando con las uñas de la mano derecha de un lado para otro, o pasándolas en una rápida sucesión por las cuerdas. Esta costumbre de la mano derecha, que produce un fuerte rasgueo rítmico, o una rápida pulsación de las cuerdas siempre siguiendo el ritmo, es imitada por la gente, incluso por los que no tocan el instrumento en cuestión. A menudo, cuando no hay guitarra, se canta acompañándose de un tableteo rítmico sobre la mesa. Cuando los españoles del sur se aburren o cuando su mente está desocupada, caen a menudo en la costumbre de marcar ritmos complejos de esta manera en cualquier mesa que esté a mano y a menudo hemos sido capaces de reconocer a los españoles en el extranjero por ello.

A unos pocos kilómetros del pueblo llegamos a un cruce de caminos, que a la derecha llevaba a Berja, y desde allí a las estribaciones de Sierra Nevada. En un pueblo llamado Yegen, cerca de Ugíjar, un amigo de un amigo había tomado una morada de ermitaño,



Entrada a la villa de Adra. (Gentileza de L. Cara).

preocupado únicamente, según oímos, por el casto temor de las mujeres de la comarca, por lo cual no podía tener criada. Nos tentó visitarle, pero recordamos el sabio aforismo de Sterne, y después de concluir que tal encuentro no haría sino traer más dificultades e incomodidades, tomamos la ruta del sur en dirección a Adra.

Fue en Adra cuando empezamos a descubrir la verdadera técnica de manipulación de la posada. Dejamos nuestro burro y el carro en el camino atados a una argolla del muro de la posada, y entramos en la casa con un aire de quien no quiere la cosa. La entrada de esta posada era enorme, sostenida por unos pilares y estaba llena de sacos, sobre los que se hallaban sentadas numerosas personas, masticando unos largos palillos, los cuales descubrimos más tarde que eran caña de azúcar. Este rincón de España es tan húmedo y cálido que la caña crece lujuriosamente, lo cual tiene como resultado la fundación y ruina de bastantes factorías de azúcar, cuyos meros edificios dan a Adra una

falsa apariencia de prosperidad. Pasamos a la entrada, nos sentamos en una oportuna banqueta y pedimos limonada, anís, y gaseosa, todo lo cual nos bebimos lentamente. La mujer que nos servía mostró la curiosidad acostumbrada, la cual satisfacimos. Todo lo que le contestábamos era comunicado a un oscuro pedazo de hombre repantingado como un reyezuelo en una silla de tijera junto a una pequeña barra de bar en la esquina de la entrada. Se trataba del dueño de la posada. Cuando acabó nuestra “informadora” preguntamos como si nada:

- *“Por ejemplo, si uno quisiera alojarse una noche en Adra?”*

- *“Podría alojarse aquí, quizás”,* dijo la mujer.

Se volvió a la masa informe de hombre, quien le hizo una señal condescendiendo.

- *“Nos haría falta, sin embargo, una habitación”,* dijimos.

- *“Eso también es posible”,* dijo la mujer.

Y se acabó el asunto.

Mientras estábamos deshaciendo el equipaje y llevándolo a la habitación, que estaba en la primera planta, se dieron cuenta de nuestros instrumentos.

- *“¡Ajá!”* dijeron, *“¿sois músicos?”*

- *“Sólo somos aficionados”,* contestamos, *“enamorados de la música de España, pero nada más que aficionados”.*

- *“Pero aquí sí”,* dijo un joven anémico, agarrando una enorme caña de azúcar, *“tenemos muy buenos músicos. Si quieren los llevaré luego a su habitación”.*

No somos —como puede imaginarse— muy aficionados a los caballos, y aún no he intentado describir con el lenguaje apropiado la atmósfera extremadamente equina en la que nos sumergíamos en cada nueva posada. La vida normal de la entrada se hace prácticamente toda en el establo: el estiércol del establo le mancha a uno los pies; los olores del establo asaltan nuestro olfato; las pulgas del establo se alimentan de nuestro cuerpo; nuestra visión está continuamente llena de ancas traseras y morros equinos; el oído se ve torturado por relinchos, rebuznos y las diabólicas variaciones de las mulas, o por los mimos o reprensiones de los carreteros y los muleros. En Adra esta sensación alcanzó la cota más alta que jamás hallamos experimentado. Nuestra percepción de esta caballosidad fue quizás aumentada por el hecho de que la entrada del establo era muy estrecha y estaba bloqueada por los cuartos traseros de dos enormes mulas, que había que atravesar haciendo maniobras con una apariencia de tranquilidad en modo alguno

sincera. Habíamos oído que las mulas eran animales extremadamente cosquillosos, y desde la infancia estábamos embebidos de un muy sincero respeto ante la coza de cualquier bestia. Existía, quizás, alguna técnica que ignorábamos. Aquello era toda una prueba para alguien no acostumbrado a los animales, y aunque pasé una y otra vez sin sufrir ningún daño, mi inmunidad no ha hecho que aumentara sobremanera mi amor a los caballos.

Adra, el hogar español de la caña de azúcar —el joven anémico nos procuró algunas suculentas cañas a pesar de que estábamos a finales de temporada— era un pueblo pequeño, sencillo, de buen talante, encaramado a una alta ladera, desde la cual se podía ver una panorámica de las tierras de riego que producían la caña y del mar de color índigo opaco. Las ruinas de las factorías le daban a Adra un ambiente medieval, pues en este clima de piedra, barro y arquitectura primitiva, hay pocas diferencias entre unas ruinas y otras cuando se están desmoronando. Recuerdo que nos sorprendió lo muy barato que estaba todo: Jo guarda una nota en su cuaderno de apuntes, según la cual, *“todo cuesta un penique y medio, excepto los huevos que, según el muchacho anémico, deberían costar el mismo precio”.*

Habíamos llegado a Adra a buena hora, y después de la corta excursión al pueblo subimos a nuestra habitación, la más barata que habíamos encontrado hasta el momento, cuyo precio era una peseta o diez peniques por noche. La tarifa ordinaria era 2 ó 2,50 pesetas, aunque es probable que a menudo nos cobraran de más por ser extranjeros. Mientras estábamos sentados en nuestra habitación un golpe seco sonó en la puerta. Al abrirla encontramos al joven anémico con un par de compañeros, quienes nos fueron presentados como el guitarrista y el mandolinista del pueblo. A éstos les siguió un montón de gente, todos los huéspedes de la posada y muchos lugareños y amigos que venían a disfrutar de la fiesta. Lo que puede que fuera una fiesta para ellos fue una amarga decepción para nosotros. Aunque ambos músicos eran muy expertos, eran ejemplos de la degeneración del gusto que está asesinando la música natal de España. Su repertorio se componía de polcas, gavotas, vales y marchas de lo más trivial musicalmente hablando, que interpretaron con entusiasmo hasta la hora de comer en que se marcharon, diciendo que, puesto que nos gustaba tanto la música, regresarían una vez más después de comer. Bajamos a tomar la sopa, maravillándonos de

los misterios musicales implícitos en el hecho de que tanta habilidad técnica estuviera aliada con tan escaso sentido artístico.

Cenamos en una sombría habitación privada, servidos por el posadero que, dejando a un lado sus aires de gran señor, resultó ser bastante simpático e incluso estar muy sorprendido ante la información que le proporcioné, extraída del mapa. El que yo conociera cómo era el camino más allá de Adra en un país por el cual yo nunca había viajado, le pareció algo de magia. Llevábamos nuestro propio molinillo de pimienta, al modelo francés, pues el uso de la pimienta es ignorado por el español común, que emplea el pimiento para dar sabor picante a las cosas. Mientras molíamos pimienta sobre nuestra tortilla, el posadero preguntó alegremente, “¿Qué hacen?” Extrajimos una bola de pimienta del molinillo y le explicamos su funcionamiento. Añadimos que era más poderoso que el pimiento. El posadero, aunque ignoraba casi todo acerca de la pimienta, no deseaba exhibir su ignorancia ante unos meros extranjeros vagabundos, y a la vez que decía: “Ya sé, ya sé”, se llevó la bola de pimienta a la boca. Le imploramos que la escupiera; le rogamos que no la masticara, con resultados similares a los de la petición del hermano conejo al hermano zorro acerca de los espinos. Nuestro posadero mordió con todas sus fuerzas. Lo masticó un momento, sonriéndonos. Entonces cambió de humor como por arte de magia. Abrió la boca, sacó la lengua. Agarró la botella de agua y se la vació de un trago. Durante los siguientes quince minutos se dedicó a dar vueltas por la posada, respirando profundamente, dando resoplidos, mientras las lágrimas le caían por la cara, exclamando, “¡Ay, que calor! ¡Ay, que calor!”

Por la tarde volvieron los músicos y, al descubrir que nuestros instrumentos eran mucho mejores que los suyos, estuvieron tocando sin parar hasta que se hizo de noche. Cuanto agotaron su repertorio empezaron otra vez. El público tenía tanto respeto por este tipo de música europea (música clásica la llamaban) que nuestras débiles y escasas súplicas para que tocaran una canción flamenca fueron pasadas por alto en silencio. Probablemente nuestra petición fue considerada de muy mal gusto.

Al final, cuando ya estábamos muy cansados, los músicos y el público se retiraron después de hacer grandes ofrecimientos de amistad, y nos dejaron dor-



“El pimiento”. (Dibujo del autor del texto).

mir en nuestra sobrecalentada habitación, aunque sin que nos molestaran las sabandijas.

Pagamos la cuenta, la más barata hasta la fecha. El alojamiento, incluyendo la habitación, la cena, el desayuno y el establo y el pienso del Coronel, nos costó 4,80 pesetas, o alrededor de cuatro chelines en moneda inglesa. La cuenta normal solía ser unas seis o siete pesetas por un alojamiento para nada mejor, y en Tabernas, por acampar en el suelo, después de comprar el pienso de Geraldine en otro lugar, nos habían cobrado cinco pesetas.

El joven anémico, en cuyo seno parecíamos haber alentado algún peculiar sentimiento romántico, llegó temprano a la posada, trayendo con un amable sentir más cañas de azúcar, las cuales arrojó al carro. Entonces, medio enorgullecido y medio avergonzado, nos acompañó cruzando el pueblo hasta campo abierto, donde nos dio una muy afectuosa despedida. Estuvimos vagabundeando alegremente, masticando y chupando la extraña pulpa carnosa de las cañas cuya fibra masticada la pasábamos a Geraldine, que la devoraba con un gusto mayor que el que había mostrado por las peladuras de naranja. En esta etapa de nuestro viaje esperábamos con cierta anticipación alguna aventura...

1921-22

Kurt HIELCHER



(1881-1948) Famoso fotógrafo alemán y viajero impenitente. La Primera Guerra Mundial le sorprendió en España, tiempo que aprovechó para realizar una gira completa por la Península, reflejando a través de sus libros y su cámara la realidad de los años veinte. La descripción de los lugares que recorrió se encuentra en *La España incógnita: arquitectura, paisajes, vida popular*. Barcelona, E. Canosa, 1921; cuyos contenidos son los mismos que los publicados en *Viajes por tierra española*, Nueva York, *The University Society Inc*, 1921. Las imágenes que fue recopilando se publicaron en *España inédita en fotografías*.

Una aldea morisca en la moderna España. Es un canicular día de agosto. Sobre la pelada, árida desolación de la tierra, el aire arde y reverbera. Bajo la abrasadora bóveda azulada el día parece desfallecer de cansancio. Después de largas horas de caminar bajo un sol de fuego, algo sorprendente aparece ante mi vista... ¿Es acaso un espejismo, miraje encantado, ilusión de mis sentidos? ¿Es una ciudad transplantada aquí de las costas de Marruecos por un fenómeno de óptica? ¿Será a caso una Fata Morgana? No, es realmente una ciudad! ¡Sin embargo... parece imposible! No desaparece al acercarme. Es algo muy extraordinario. ¡Un montón de casas blancas, cuadradas como dados, arrojadas aquí sobre la montaña...!

“¿Cómo se llama este lugar?” Asustado se aleja el muchacho a a quien hice la pregunta. Consulto mi mapa y el lugar no está marcado en él. Por fin averiguo que he llegado a “la muy noble y leal ciudad de Mochagar, llave y amparo del reino de Granada”. Me quedo perplejo. “¡Llave y amparo del reino de Granada se llama todavía hoy vuestra aldea! ¿No sabéis que el reino de Granada dejó de existir hace ya 500 años, cuando los moros fueron arrojados de España?”

Indudablemente aquí ha sucedido la extraña maravilla de que el tiempo deje de correr. Todo tiene genuino sello árabe. Las casas son casi todas sin ventanas. Sus techos planos forman a veces la continuación de la hilera de casas colocada un poco más arriba, pero siempre sirven a éstas de apoyo. Las mujeres, a pesar de haber sido bautizadas, tapan, según costumbre

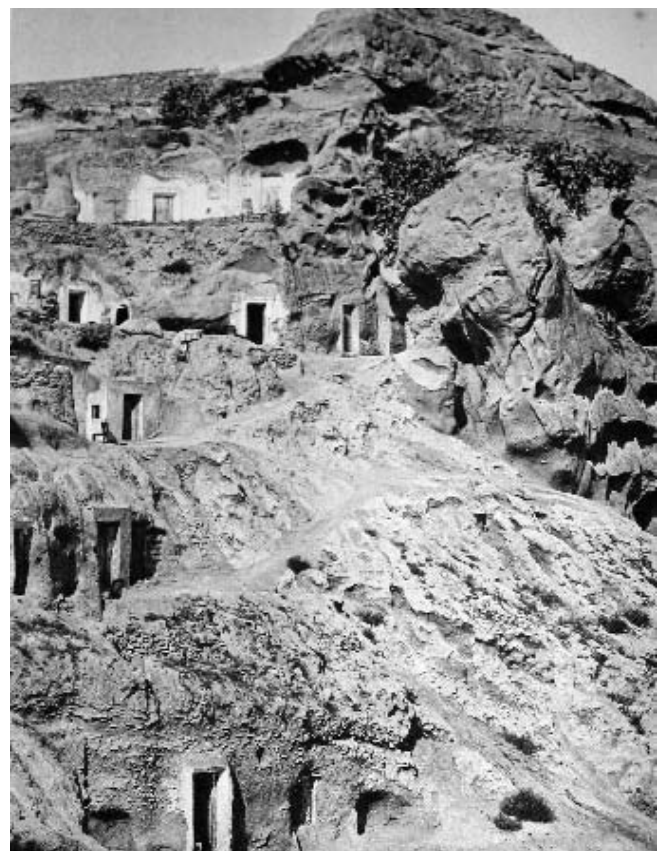


Paisaje de palmeras y viviendas trogloditas en Cuevas de Vera (Foto del autor del texto).

árabe, la cara cuando salen a la calle. Ligeras, trepan las empinadas callejuelas con los cántaros, en forma de ánforas, llenos de agua de la fuente. Las faldas cortas dejan ver la pantorrillas desnudas. Curiosas y con desconfianza miran al inoportuno extranjero. Ruego a las enveladas me permitan hacer una fotografía. Me miran con aire de no haber comprendido, es la primera vez que ven un aparato fotográfico. Les muestro un retrato y les digo que quiero tomar de ellas otro igual, pero se niegan rotundamente. Por fin, una de las muchachas declara estar dispuesta a permitirme que la retrate, pero una vieja se apresura a regañarla y a castigar con un mojicón tan tremenda falta. ¡En pleno país católico existe aquí la costumbre de tapar la cara, se cumple con el precepto mahometano que prohíbe la reproducción de la figura humana!



Vista panorámica de Mojácar. (Foto del autor del texto).



Terreras de Cuevas de Vera horadadas para uso de vivienda. (Fotos del autor del texto).

1924

EL HOMBRE GRIS



El artículo que reproducimos a continuación fue escrito por *El Hombre Gris* para *La Crónica Meridional*: Diario liberal independiente y de intereses generales; siendo publicado en las páginas 1 y 2 del número 20.918 de 5 de Noviembre de 1924.

CRÓNICA: IMPRESIONES DE VIAJE. LA CUNA DE UN POETA

Hace algunos días, la casualidad me llevó al extenso llano donde nace el río Andarax. El panorama es bello, sin duda alguna; su situación geográfica es admirable. Fijando nuestra vista desde la carretera de Berja a Fondón y entre una vegetación abundante, tenemos al frente ese pueblo que se honra de ser cuna de una gloria española, o más bien, de una gloria mundial. El importante pueblo, donde vio la luz por vez primera ese genio de nuestra literatura contemporánea, el inmortal Villaespesa.

A la derecha, se alzan las primeras estribaciones de Sierra de Gádor, sumamente pobladas de corpulentas encinas. Luego el río, después la vega, y por último a la izquierda, la inmensa mole de Sierra Nevada; esa gigantesca montaña, donde, según las tradiciones, en tiempos de Ignacio de Loyola habitaron los celebres bandidos los Buitres de Sierra Nevada.

La carretera que pone a este bello rincón almeriense en comunicación con la capital, desde el lugar donde nos hemos situado, semeja interminable serpiente, tendida entre los frondosos viñedos que pueblan aquella fértil llanura. Un cielo de azul purísimo, cual inmenso palio, sostenido por los elevados riscos de aquellas sierras, cobija el templo que se distingue allá al fondo, en la lejanía. Aquel templo que guarda la pila bautismal del esclarecido paisano.

Al aparecer ante mi vista aquel cuadro evocador de las antiguas tragedias moriscas cantadas en Aben Humeya por ese genio, que con razón le han señalado los críticos como un nuevo Zorrilla, hube de inclinar mi frente en señal de respeto y veneración.



Fachada del Ayuntamiento de Laujar en los primeros años del s. XX.

En aquellos momentos acudían a mi mente en confuso tropel el inmenso número de producciones que honran nuestra literatura, trazadas por aquel vate, y que allí, bajo aquel cielo, recibieron el néctar de su vida inmortal. Ignoro lo que sentí al contemplar aquel panorama. Creo que mis sentidos quedaron sumidos en una especie de letargo, que me hacía ver solo con los ojos del alma, y por unos momentos no vi nada de lo que realmente tenía ante mí. Solo veía, cruzar inmensas legiones de corceles encabritados, que entre nubes de polvo y humo, y llevando sobre



Aspecto de la entrada a Laujar durante las dos primeras décadas del s. XX.

sus lomos indómitos guerreros envueltos en blancas vestiduras, marchaban al combate. Palacios maravillosos... ricos alcázares, construidos con vistosa pedería y tapizados por finísimas telas de Persia. Las bellas hurfes recostadas... indolentes, cubiertas de oro y diamantes. Jardines de ensueño... ¡Las delicias de la Alhambra!...

Y como lo que soñaba en aquellos momentos era el alma de Villaespesa, a la par que veía las tragedias moriscas y los bellos alcázares, veía alzarse en Atenas los templos del dios Afrodita...

Veía las calles cubiertas de mirtos, por donde la cuadriga pasaba al galope, a Pablo, el apóstol de Galilea; veía a Lais, la bella, que abrazó a Dionisio, en “El milagro de las rosas”, que cantó nuestro poeta.

Pero pasados aquellos momentos de dulce éxtasis, volviendo ya a la realidad, mis ojos empezaron de nuevo a contemplar el bello paisaje andareño. Atravesada que fue aquella llanura, pude apreciar en primer termino los bellos jardines que adornan al pueblo de Laujar. Sus calles antiguas me hicieron pensar en su

pasado, en aquellas historias que embelleció la musa del vate almeriense.

La Plaza de la Constitución es sumamente amplia. El Ayuntamiento ocupa uno de los edificios mejores construidos que tiene este pueblo. Su fachada principal es de sencilla, pero bonita arquitectura.

Este pueblo celebra varios mercados al año y feria en el mes de septiembre, para la que organizan novilladas y otras muchas atracciones. Cuenta con varios centros de recreo, banda de música, sociedad filarmónica, y su comercio es de relativa importancia. Existen en él varios talleres industriales. Sus habitantes, en general son religiosos y cultos. Prueba de su cultura es que en sus hijos existe mucha intelectualidad. Entre sus hombres más notables se halla don Ramón Aparicio, una de las primeras figuras de la política almeriense.

Después que recorrí las principales calles y plazas, dirigí mis pasos al templo, donde pude satisfacer la curiosidad de ver aquella pila bautismal, donde se hizo cristiano al inmortal cantor de las tragedias árabes.

1924

Joaquín SANTISTEBAN Y DELGADO



(¿Cartagena? 1871-Almería 1953). Siendo muy joven se trasladó a Almería donde estudió en el Instituto de Segunda Enseñanza. Una vez licenciado en Filosofía y Letras se trasladó a Oviedo para trabajar. En 1907 regresó definitivamente a nuestra ciudad, continuando su labor docente como Profesor del Instituto Nacional de 2ª Enseñanza e ingresando en la Diputación Arqueológica y Geográfica “Príncipe Alfonso de Almería”. Cuando hubo de jubilarse por imposibilidad física, en 1916, comenzó la redacción de innumerables artículos que fueron en su día publicados en diarios (*La Crónica Meridional*, etc) y distintas publicaciones. Gracias a esta labor de recopilación histórica, el Ayuntamiento de Almería, en 1930, lo nombra cronista oficial de la ciudad.

A continuación reproducimos el artículo “Almería a vista de pájaro: impresiones de un veraneante”, está sacado del diario almeriense *La Crónica Meridional*: Diario liberal independiente y de intereses generales. Año LXV, nº 20869-20.886 (9-28 de Septiembre de 1924).

ALMERIA A VISTA DE PAJARO: IMPRESIONES DE UN VERANEANTE

I

Pasaron las fiestas y tenemos que aplaudir a nuestro Ayuntamiento y a los particulares por su cultura y buen gusto, si bien hemos echado de menos la percalina, reposteros, tapices, etc, con que se adornan las calles de Madrid, Santander, San Sebastián y todos los países del centro y norte de España, durante las verbenas, procesiones y días de alegría.

¡Si vieran qué deleite produce esa humilde percalina en los balcones durante todas las fiestas, lo que atrae la iluminación hasta las trece de los edificios particulares, comercios y centros oficiales!

La batalla de flores y las carrozas han revelado el buen sentido de los habitantes de Almería, pero en ella han faltado los arcos de follaje con banderas desde la Puerta de Purchena hasta la plaza de Emilio Pérez, en todas las bocacalles y en el principio y término del Bulevar y sobre todo las colgaduras. Serpentinadas de uno a otro balcón hubieran dado al hermoso espectáculo que



Vista del Parque de Almería y, al fondo, la Alcazaba.

Almería ofrecía un aspecto deslumbrador y charmant, como dicen en San Juan de Luzo.

(...)

III

Hasta Baeza llegamos en el rápido de Córdoba con la velocidad debida y un material de tracción excelente; pero al tomar la línea del sur nos vimos sacudidos violentamente por siniestras trepidaciones de unos vagones infernales aptos para hacer desviar a fuerza de sacudidas al mejor estómago y más resistentemente adherido a sus músculos y nervios.



Artístico panorama de la ciudad de Almería desde el puerto pesquero. Fotografía de Lucien Roisin Besnard (*Andalucía, 1920-30. Memoria recuperada*, 2002).

El panorama hasta Guadix es agradable, salvo algunos páramos tristes y monótonos, pero al entrar en nuestra provincia basta dar vista al río Andarax, el alma se inunda de pena ante la árida cadena de montes que sucesivamente parecen multiplicarse hasta lo indefinido. A un lado dejamos la Penibética y sus estribos toda vegetación, agua, vida; a otro encontramos la Sierra de Gádor, pelada, muda, con el pétreo silencio de la muerte. Si a lo menos el extinto volcán del Cabo de Gata presentase sus relámpagos y torrentes de humo, como lo hizo en el campo de Níjar y en el mismo cabo en 1642, el espectáculo de estas peladas sierras tendría algún atractivo.

Un ingeniero francés, que departía conmigo, comenzó a cotillear sobre el territorio, diciendo que de sus estudios había deducido que la Sierra de Gádor era fría, rica en veneros más o menos abundantes de agua y que con pozos artesianos, o aprovechando los pequeños manantiales se formaría en estos montes una verdadera Suiza española.

Aquí llueve poco, dije, azotan mucho los vientos calurosos, y es tal la escasez de manantiales que ni para el consumo de la población hay el líquido suficiente.

El ingeniero, sin despreciar mi objeción, combatió mis afirmaciones; ellos han convertido el Sahara francés en ciudades y bosques buscando el agua entre los arenales hirvientes; Francia ha detenido los helados vientos del N. con espesas cortinas de árboles, atrayendo las lluvias con la repoblación de las montañas, y para abastecer de agua potable algunas capitales, han

reunido varios manantiales pobres en una sola cuenca y formando un pequeño río han conducido por acueductos el elemento indispensable a las villas.

De pronto pasamos de la soledad inanimada al más bello y encantador espectáculo; las riberas del Andarax, aunque seco su río, se hallaban exuberantes de vegetación y de vida.

¡Que hermosa es mi patria! Dije, y dando vista al mar y a Almería, sentí el deseo de Ovidio cuando abrazaba y besaba los árboles de su país, al volver del destierro.

¿Tendría razón el ingeniero francés? -pensaba concentrando mi inteligencia-; los hechos que después he visto me han prestado poderosos argumentos en favor de las afirmaciones de aquel hombre de ciencia.

Almería tiene un precioso Parque, regado con hilito de agua, que no goza de presión ni para un pequeño saltador; el pie de la Alcazaba, por la parte del barrio que llaman “estratégico”, se halla repleto de chumberas que jamás se riegan, viviendo a expensas de la humedad marítima, y al N.O. del mismo barrio, en la misma cumbre de la sierra se ven árboles, al lado de modesta casita y que prosperan sin agua ni cultivo.

En la carretera de Berja y Dalías, antes de llegar a la venta Eritaña, he podido ver árboles brotando entre las hendiduras de un precipicio; una higuera en la misma cantera, bastante frondosa y jamás regada, y varios arbolillos, tronchados por malévolas manos, en la



El Casino de Almería hacia la segunda década del s. XX. (Colección IEA).



Vista del Parque de Almería. Fotografía de Lucien Roisin Besnard (*Andalucía, 1920-30. Memoria recuperada*, 2002).

cuneta de la vía que aún brotan, con la brisa del mar, aunque jamás se cuidan ni atienden.

La iniciativa de los ingenieros para la repoblación de los montes no se ve por parte alguna, a lo menos en las proximidades de la capital, y es que las órdenes oficiales de los centros van como las ondas en las aguas, espaciándose y perdiendo fuerza conforme se alejan de los Ministerios respectivos.

Madrid ha visto repoblar sus más peladas montañas; en el yermo y yerto campo castellano, entre bloques formidables de granito, que acusan catástrofes geológicas, se ven pinos, chaparros, chopos, pies de encina, que publican a gritos la bondad de esos bienhechores de la humanidad que repueblan los montes. ¿Cuándo llegará a Almería uno de esos mirlos blancos que tanto deseamos?

La Sierra de Gádor es una sierra fría, llena de veneros, más o menos abundantes, sus minas se inundan a cierta profundidad, las casas que en ella se levantan encuentran pronto agua para sus pozos, y sin embargo no presenta más árboles que aquellos que fueron colocados por la mano particular.

(...)

IV

Un Parque precioso, que pide a gritos su continuación hasta la Plaza de Emilio Pérez, rodeando los jardines la casa que se destina a Comandancia de

Marina y terminando en un jardín central en la mencionada plaza, donde pudiera elevarse un kiosco de hierro para la banda municipal, o un pedestal bastante elevado para la desgraciada estatua de la Caridad, que por ser buena, se halla desdeñosamente colocada en un pretil de la Rambla, harían de la cortina del muelle almeriense un delicioso bosque, encanto de la vista para el navegante, recreo y solaz para el habitante de la ciudad.

Tiene Almería un Casino, modelo de belleza y elegancia, donde todo es distinción, cultura y afabilidad para el forastero; un teatro consagrado a Cervantes, ideal de buen gusto artístico; un muelle delicioso, una bahía divina y un cielo espléndido, con ese azul sui generis que solamente en Andalucía es encontrado; pero ve huir hacia el suelo africano sus habitantes, buscando medios para atender a su subsistencia.

Varios vapores que ostentan la C y la M sobre la bandera española, recogen esos desheredados de la fortuna, que a semejanza de los ambiciosos gallegos, marchan fuera de su país, buscando con sed insaciable el trabajo y el oro.

El espectáculo me conmovió de tal modo, que a un carabinero pregunté: ¿Está parado el embarque? ¿No hay exportación? ¿No hay fábricas?

El pudoroso militar satisfizo mi demanda: la antigua fábrica de don Juan de Cara no funciona, ni hay empresa que la tome; el Ingenio, que costó la vida a



Tareas de embarque de la uva en el puerto de Almería en los años 20. (Foto de L. Roisin).

aquel gran patricio llamado Cumella, no trabaja; no hay fábricas de salazones ni conservas, no existen freidurías exportadoras; el trabajo del muelle sólo dura el corto espacio de la faena, y el elemento obrero muere de hambre.

(...)

Una fábrica de pescado frito y otra de escabeches y conservas, bastaba para dar pan a muchas familias. El bienhechor que lo realizase sería bendito por los obreros y merecería el respeto y admiración de sus paisanos.

De este modo se evitaría el vergonzoso espectáculo, en un pueblo culto, de arrojar el boquerón al mar por haber sido la pesca excesivamente abundante.

(...)

V

(...)

Almería pudiera cultivar la morera y tener seda; es la patria donde 6.000 telares trabajaban la siderurgia en tiempos de los árabes y sus fábricas le dieron tal renombre, que hicieron exclamar a Ben Zohair: “*Cuando Almería era Almería, Granada era su alquería*”.

Cuéntese que en un espeso bosque de moreras, olmos y álamos blancos, la Reina Isabel I y sus nobles acosaron a un formidable y hambriento lobo que hallaron en las cercanías de las murallas de nuestra capital, y este hecho lo refiere un verídico historiador, que tomó parte activa en el mismo, el inolvidable Hernán Pérez del Pulgar.

(...)

VIII

Descendiendo del barrio que llaman “estratégico”, atravesando la Almedina o antigua ciudad de los moros, donde encontré la calle del Descanso (que debía ser borrada de nuestra población), me encamine por la calle de la Reina y contramuelle al Balneario “Diana”, donde pude admirar el afán que tiene su dueño de hacerse simpático a los clientes.

Almería, iba pensando, puede ser un ideal para el veraneante; la limpieza de su playa, la baratura en muchos artículos de primera necesidad y sobre todo de la fruta, debía atraer mayor número de forasteros, pero esta aspiración no se ve satisfecha por tres razones: primera, por la supresión de billetes de ida y vuelta y molestias que proporciona la Compañía ferroviaria; segunda, por la falta de empresas explotadoras, y tercera, por la escasez de vicio, aunque crean lo contrario mis paisanos.

En toda la línea, desde Baeza a Almería, no se encuentra nada que comprar; es un trayecto asaz económico donde ni en agua puede gastar el veraneante, a no ser que descienda en cada estación buscando la cantina. Esta incomodidad irroga no pocos perjuicios al viajero y aminora las ganancias de la Compañía; semejan nuestras estaciones a aislados aduares y deja en el alma la triste impresión del desierto.

Los vagones de tercera son prehistóricos, sin corredor ni wather-closse, impropios para enfermos o personas de buen ver, remanente de material de desecho de todas las líneas, y los de primera son segundas deterioradas.

Además, la supresión de billetes de ida y vuelta retiene en Madrid a la clase media y obrera, que toma con deleite las líneas de Málaga, Alicante o el Norte, donde se le ofrece una relativa economía y mayor número de disfrutes.

El obrero y la clase media del centro de España, deseando librarse de los ardores del estío o ansiando ver el mar (que muchos no conocen) buscan la playa, pero desean bienestar, alegría y pocos dispendios. Casas particulares que alquilen habitaciones (con o sin servicio), restaurantes que proporcionen comidas por abonos mensuales, afabilidad en el trato y sobre todo libertad de acción, sin criticas ni restricciones, tales son los ideales del que marcha hacia la playa.

(...)